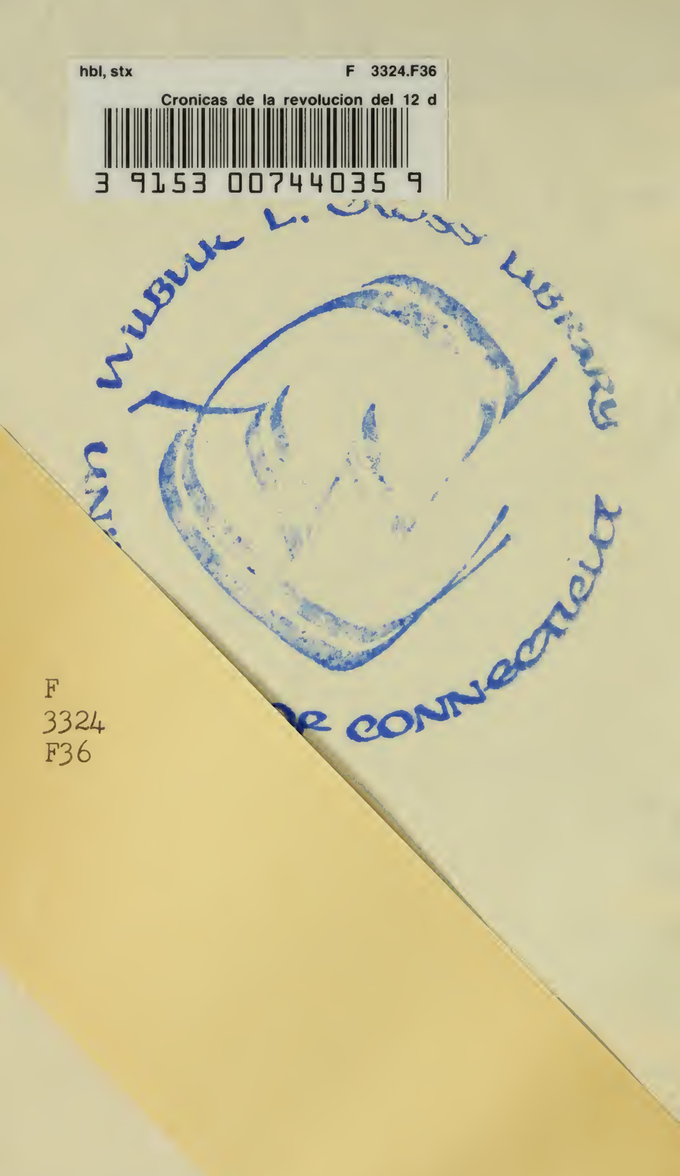



hbl, stx
F 3324.F36
Cronicas de la revolucion del 12 d
3 9153 00744035 9
F
3324
F36

CRONICAS

DE LA

Revolución del 12 de Julio

POR

Vicente Fernández y G.
y Gustavo A. Navarro



La Paz--(Bolivia)

GONZALEZ Y MEDINA—Editores

1920

Juvenilia

He aquí este libro Escrito por manos jóvenes no puede ser sino lleno de vida, de entusiasmo y de amor. En cada línea, vibra una vena de patriotismo y el corazón cubre todos los ideales, porque son santos.

Hablamos de la patria nueva y nuestras vidas están ofrendadas a ella. Ya tenemos un sagrado e imperioso deber que cumplir. Ya sabemos lo que es la república. Deseamos renovarlo todo; reconstruír el organesmo viejo y plantar en el campo muerto de las prácticas vergonzosas e injustas, la viritidad de un porvenir amasado con sangre y con esfuerzos.

El país necesita conciencias altivas que siempre contemplen al sol y le sonrían. Que se embriaguen con sus reflejos y dancen en la gran fiesta de esperanza y de ventura. Hijos del sol, fuertes, de ancho tórax y de aurículas pasionadas y revolucionarias, necesita esta república digna de proezas, cuyo antíguo romance está perdido en la leyenda:

¡Hemos vuelto a nacer! Las diosas juveniles que antes contemplaban este suelo con horror y que muy tristes jamás quisieron participar en nuestras alegrías, en un rayo de luz, están de vuelta Ahora vienen ataviadas de pompa y de sonrisas. La libertad vuela en una de sus alas. Hebe, desde su trono pródigo, reparte espléndida sus notas de armonía.

Y la juventud contrita, con la frente plena de sueños, ve todo Lo ve todo con ojos asombrados; el pasado pertináz y sombrío que debe sepultarse para siempre, la indignidad elevada a la categoría de dama de salón; el cinismo palpitante en un frac; la imbecilidad gráfica en el pellejo de un diputado; la inconsciencia en el ambiente. Sepultarlo todo y destruir todavía las ruínas que pretendan erguirse dañosas en las plantas y edificios nuevos.

La revolución del 12, es una revolución histórica que nadie puede detenerla en sus fines A que conservar los antiguos prejuicios que como freno en los labios poéticos, ponía el régimen, aplastador y terrible, sin dejar que florezca la buena nueva en el espíritu y la flor armoniosa del ideal en el alma.

Hoy están sin ojos las momias políticas del pasado. Las esfinges ya no hablan y en todo sitio se alza la voluntad arrolladora y la conciencia nacional. En lugar de políticos criollos y caciquistas, surge una falange irresistible de jóvenes de lucha, austeros y justos. con el gesto del apóstol.

Ha vuelto a lucirse la espada del general Sucre y sus frases proféticas se derramarán en todos los surcos ¡Y qué hacía falta!

La casta de los Gracos no tardará en ser levadura democrática americana y al calor de la fiebre nacional y patriótica se levantarán las muchedumbres unidas de las manos, entonando el himno que el sable de la tiranía detenía tiránico. ¡Cantando el himno de justicia y de trabajo siempre!

El pueblo de Bolivia es un pueblo nervioso y ama con fervor sús libertades y prerrogativas Celoso de sus alas piensa quizá como Sarmiento, cuando decía que la libertrd vive en las cumbres. Diez y seis años de batallas, con héroes homéricos, en las que tuvieron también una nota de belleza, mujeres eponimas, atestiguan la verdad. Diez y seis años en los que día a día las aguas de los ríos corrían teñidas de sangre, hablan como un templo.

El pueblo boliviano ha vivido siempre en fanntasías y sueños que nunca se han cumplido. Dolorosa y amarga realidad, al tiempo, le ha convencido de la infidelidad de sus ídolos; aquellos generales emplumados y con mil medallas en el pecho le traicionaron en la hora solemne y los taumaturgos civiles cantaron alabanzas mintiendo también profesionalmente. ¡Entre tanto el pueblo sigue soñando! ¿Es un pacífico y lleno de pudor nuestro pueblo?. . No y sí.

Pero para que no suceda lo de siempre

y el antiguo régimen de beduinos que sentaron su tienda en el corazón de la hacienda pública, no levante más la cabeza; para que no revivan los ministros criollos que ignoraban ortografía por táctica y costumbre protocolaria y en cambio sabían sonreir y tocar la vihuela; para que la vida de la nación sea llena de energías y de ansias, es necesario que esos jóvenes de veinte años, todavía con el corazón palpitante y fresco, ellos que no saben sino de amor y de civismo; ellos que piénsan en la ilusión que va y vuelve, fecunden el suelo patrio y arranquen de las entrañas de la tierra el trabajo a puro músculo, primera virtud de un pueblo jóven y al mismo tiempo no descuiden jámas de que su alma sea idealista y sin prejuicios. En la América no existe sino un sentimiedto y una ansia. Ver todo el ambiente libre y ámplio con mucha luz.

Por eso la revolución vive en las venas. Sin querer el aire, la selva perfumada; los ríos tormentosos como mares, los picachos y cumbres homéricas; el alma y los ojos de la mujer americana, el deseo inextingible de progreso y de mejoramiento, todo hace que de tiempo en tiempo, este suelo experimente sacudidas nerviosas y políticas, que tenemos un sagrado deber de hacer que sean provechosas.

Pueblos jóvenes y llenos de ardiente sangre, los de América, arrollan lo que encuentran a su paso. No tienen la idea grave o burguesa del europeo y tampoco son mecánicos. Obedecen quizá a sus instintos

y a sus ojos que ven un ideal próximo y para tomarlo sacrifican la vida misma. Pasan por encima del prejuicio o de la vana convención social, degollándola; a las ideas viejas y que sólo tienen el yerno como madre, las echan atrás y las destrozan. Y cerca al manantial democrático, de donde salen todas las fuerzas de antes, se vigorizan las muchedumbres y se enaltecen. Qué es tiempo de decir en alta voz y con palabra fuerte que, en el mundo no existen sino dos divisiones humanas: las que tienen como bandera la virtud y la limpieza y las que buscan el aquélarre sombrío para enlodar sus almas.

Bolivia pertenece al grupo brillante y atrevido de los pueblos que marchan con el sol y con la justicia.

Gustavo A. Navarro.

Vicente Fernandez y G.

Crónicas

DE LA

Revolución del 12 de Julio

POR

Vicente Fernández y G. y Gustavo A. Navarro



I

Al advenimiento del partido liberal histórico al poder, mediante la revolución del 1898, el país ingresó a una nueva etapa política en la cual podía vislumbrarse un porvenir tranquilo. El caudillo militar de aquella revolución, entonces Coronel José Manuel Pando, puso su brillante espada al servicio del liberalismo con todas las ansias de un político patriota y la habilidad de su genio militar. Ilustres hombres que militaron en el partido liberal plantaron pues los primeros jalones de la era que se iniciaba, poseídos del unánime deseo de desterrar para siempre de la vida nacional las rencillas y rencores de los pueblos hermanos.

La administración pública de los primeros años del gobierno del general Pando se caracterizó por una honradéz mantenida con celo y patriotismo y el pueblo vencedor en los Cruceros esperó confiado en un rápido resurgimiento moral y material que permitiese cicatrizar las heridas del pasado y reparar la obra funesta de un caudi-

llaje perverso que planteó sobre el solar patrio la angustiosa incógnita del porvenir.

Realmente, el partido revolucionario triunfante en los Cruceros tenía sobre sí la enorme tarea de reparar los errores del gobierno oligárquico y demostrar con hechos que estaba dispuesto a corregir radicalmente los desórdenes administrativos, los derroches del presupuesto, a oponer a las taras de esa vida estéril una moralidad política constructiva capaz de promover el progreso general del país.

Bien conoce el pueblo todo el proceso de la vida política desde aquellos días. Humeantes los campamentos de la revolución, cuando aun los pueblos seguían en el angustioso vivac, los primeros actos del gobierno revolucionario iniciaron un respiro y todos los ciudadanos de la república saludaron aquel pasajero advenimiento de la democracia.

La recta intención del caudillo revolucionario, Pando, parecía justificarse en esa ansia colectiva de progreso, traducida en la intensificación más sorprendente de la actividad comercial e intelectual del país.

Parecía que la revolución hubiese descorrido un denso velo de inferioridad y que todos se aprestaran a contribuir con su concurso al resurgimiento nacional. Bien necesitaba la república de esa noble competencia de espíritus progresistas después del

sacrificio. El luto del país por los caídos en la jornada se alzó digno sobre una prosperidad repentina. Y el ideal revolucionario justificado plenamente germinó con mayor fuerza en aquellos hombres que demostraron rectitud y patriotismo.

Tal la obra del presidente Pando. Como sagrado compromiso con el porvenir, su gobierno quiso mantenerse en el sereno dominio de la justicia, cuando las ocultas agitaciones de una política rastrera comenzaban ya a manifestarse y a turbar la tranquilidad del país.

En toda acción revolucionaria intervienen hombres patriotas y cínicos asaltadores del poder. Obtenido el éxito, mientras unos meditan en los árduos problemas de la sana política los otros medran en la sombra, alimentando bajas pasiones, tentados por el poder y ébrios de antemano por el hartazgo de sus concupiscencias. Ese grupo de Caín alzó su mano fratricida, disponiéndose a esprimir todas las energías de la nación, obligado por su temperamento orgánico a desquitarse de la opresión y pagarse con creces de un hambre contenida por treinta años de privaciones envidiosas y egoístas.

La división del núcleo revolucionario era cuestión ya planteada en los primeros días del triunfo. El camino que tomó cada grupo se caracteriza por dos hombres: Pando y Montes.

Observad los rasgos típicos de estos dos hombres que aparecen en el escenario de la política boliviana y encontraréis diferencias tan profundas, que sin temor puede afirmarse que el uno es el reverso del otro. Son los dos hombres que caracterizan con propiedad y justeza aquella división sutíl e invisible del albor revolucionario, pero profunda y enconada de la política del liberalismo.

Pando, patriota de verdad, luchó siempre sin esperar recompensas ni honores. Nunca la embriaguéz del triunfo mareó su conciencia, ni los oropeles de la fortuna le hicieron perder la serenidad.

Montes es el hombre de la política bizantina. Es la ambición que se encumbra para disfrazar sus míseras pasiones de lucro. Poseído de las taras morales del mestizaje, ofrece en su apostura y en sus facciones toda una figura de caudillo ensimismado y voluntarioso seducido por las comodidades de la fortuna pública y por los honores de los puestos altos. Montes poseé todas las peculiaridades de aquella psicología mulata que conserva los resabios de la barbarie y que representa la opresión reivindicadora de una raza aturdida por siglos de hambre y esclavitud. Los menores detalles de su vida acusan en él la inferioridad moral y la ambición más desenfrenada; su sed de poderío y su habilidad peculiar

para hacer respetables operaciones, ilícitas pero lucrativas, son datos que confirman su estructura mental rezagada. Su fastuoso aparato, su delirio de grandezas que alguna vez se tradujo en torpe y ridículo plagio de costumbres cortesanas, su egocentrismo infatuado y la chillona ornamentación de su figura política, la arrogancia verbal de sus discursos, todo ese conjunto de debilidades, le ofrecen al observador como un raro político que se quedó de cacique inferior a un Porfirio Diaz o a un García Moreno.

Pasado el gobierno del doctor Eliodoro Villazón que le sucedió al primer periodo del señor Ismael Montes, la unanimidad producida por las veleidades del pueblo, falsamente engañado con un patrioterismo fomentado con suma habilidad, produjo una corriente unionista en torno al ex-presidente Montes.

La figura del caudillo tomó un relieve pocas veces visto en el país. Aprovechándose de las fuerzas inherentes a la nacionalidad, que empujaban fatalmente al país por la ruta del progreso, Montes se ganó la voluntad popular halagándole con aparatosas obras públicas, con el ensanche de las líneas ferrocarrileras, con edificios públicos que en su fría materialidad cristalizaron un desnudo convencimiento de que efectivamente la patria había abandonado la vida tumultuosa de las asonadas cuarteleras pa-

ra ingresar en un periodo de paz y trabajo, que hacía augurar un poderoso y felíz resurgimiento.

Apenas el pueblo previó las consecuencias de los primeros actos administrativos del primer periodo de Montes. Fascinado con el inmenso prestigio de este político dejó pasar inadvertidamente sus errores iniciales y esas pequeñas ambiciones que el poder despierta en los hombres faltos de carácter para defenderse de las tentaciones de la riqueza fácil y segura, surgieron incontenibles en el segundo periodo que vino a ser entonces como un remache puesto en la sólida prosperidad económica de Montes que todo el país había conocido pobre y humilde antes de escalar el poder de la república.

Desórdenes administrativos, peculados y concusiones, acusados pública y privadamente, salían al irónico comentario de los corrillos populares y junto al palacio de La Paz comenzaba ya la tormenta política a acumular tempestades irremediables. Un sordo clamor de protesta de la nación que iba perdiendo una a una sus atributos de soberanía, un grito del pueblo que sentía arrebatársele sus libertades y pendiente de un régimen a todas luces arbitrario, aquel gesto de sañuda persecusión de las autoridades subalternas, todo eso acabó por turbar la serenidad. Y el pueblo, alimentando

sordamente esos sentimientos de rebeldía, solo esperaba una mano que se alzara sobre la multitud, para ir de frente a la lucha inminente.

El vicio y la corrupción administrativa habían colmado ya la paciente estructura popular. Toda la arquitectura del liberalismo en manos de Montes fué un torpe retoque de mediocracia disimulada en la deslumbrante pompa de la dorada burguesía que explotaba ya plenamente el capital del presupuesto nacional,

Hacía falta una urgente oposición política que controlara los actos de Montes. Permanecía en los corazones bolivianos un vago presentimiento de que aquel tratado de 1904 fuera el índice mínimo de las intenciones del montismo y recién en ese entonces se vió un tanto confuso cierto número de circunstancias que hacían dudar fundadamente de la recta intención del régimen asentado en todo el país. Leyes, decretos, resoluciones, actos violéntos y atentatorios, toda la secuela del montismo, pleno y fuerte, se alzó como una formidable barrera entre el pueblo y el gobierno.

Espíritus radicales y combativos iniciaron desde la prensa una obra que moderase los desmanes del régimen y controle esa política opresora, cuyos resultados podían ser fatales para la suerte del país. Y en esa generación radical que hacía sus

primeras campañas periodísticas contra el montismo. merece mención honrosísima el doctor Franz Tamayo, jefe espiritual de la muchachada política. Entonces comenzaron a escribir artículos de lucha Vicente Mendoza López, Luís Espinoza y Saravia, Gustavo Carlos Otero, Vicente Fernández y G. y otros radicales que midieron en toda su magnitud el peligro de que se entronizara aquel caudillaje hipócrita, que pretendía plagiar las deformidades políticas de un García Moreno o de Porfirio.

Núcleo selecto de espírirus juveniles, impuso su audacia renovadora sobre las dormidas aguas de la nación y en el gesto de esa primera juventud hecha de rebeldías se vislumbraba la prepotente acción de las fuerzas opositoras en el porvenir. Sus ataques finos, e irónicos, tenían todo el sabor del quijotismo español o la aguda espiritualidad del estilete de Cyrano. Sobre la estúpida materialidad del régimen, aquel núcleo radical alzó la idea, como fuerza interior poderosa, destinada a destruir el efímeso reinado de las concuspicencias del montismo.

Quien recorra las páginas de esa obra de ocho años,encontrará un alma juvenil sacrificándose con la sonrisa ingénua ante la enorme masa que el poder esgrimía sin reparo sobre las espaldas del pueblo oprimido. Desde el verso lleno de coraje y rebel-

día hasta el sesudo editorial, de la fina ironía de esos apretados renglones punzantes hasta la científica disección del caso clínico del régimen, la obra radical es siempre precursora de la unánime acción opositora al montismo. Tuvo la virtud de llamar la atención del pueblo boliviano, sobre los graves errores del caudillo y de pedir que el país medite serenamente sobre la suerte que le esperaba, a continuar una política desenfrenada y sensualista, sin el control de la opinión pública.

Cuando ese diminuto grupo de juventud seguía estudiando en la Universidad, luchando en la prensa, con el firme propósito de ingresar a la rotunda acción política, ya la opinión pública del país estaba avisada sobre la urgencia de una poderosa oposición que mantuviera en los límites de la moderación al concutor gobierno de Montes.

En 1914, cuando viejos liders de las causas honestas se agruparon para salvar al país de la anarquía provocada ostensiblemente por el gobierno, el partido republicano surgió con el apoyo del radical que desde años atrás preparó el campo político, atacando hábilmente al régimen del liberalismo de Montes.

II

El partido republicano iniciado como una corriente coalicionista con los restos de los partidos históricos agrupó, bajo sus banderas a corrientes de opinión del norte y sud de la república, logrando conquistar en poco tiempo un puesto encumbrado en la conciencia nacional. Los mejores hombres de la política engrosaron sus filas y las masas de pueblo de las ciudades y provincias rivalizaban en su fervor cívico para alistarse en el nuevo partido que, al decir de sus jefes, perseguía la pureza democrática y la institución del sufragio libre como la principal plataforma de sus campañas de oposición.

Recién organizado el partido republicano en 1914, sufrió el atentatorio e injustificado estado de sitio de Agosto de ese mismo año, el cual fué decretado con el solo fundamento visible de la guerra europea; pero la oculta intención del liberalismo montista era dar un golpe apenas surgía el republicanismo, con el propósito de abatirlo

en su formación y desorientar por el terror y la intimidación a los políticos que plantaron el primer jalón de la nueva revolución. Bajo el estado de sitio, que el régimen liberal impuso por temor a la opinión pública, se clausuraron los diarios de la oposición radical y republicana y fueron presos y deportados periodistas, diputados y políticos adherentes de la causa republicana.

El golpe tuvo la virtud de aumentar el celo y entusiasmo de los opositores. Por cualquier violencia que cometía el régimen con el exclusivo objeto de aplastar las corrientes opositoras, contestó la opinión pública con campañas depuradoras y dignas de elogio. Suspendido aquel sitio vergonzoso la opinión estaba ya notificada de una lucha abierta y encarnizada con el montismo sitiador y conculcador y hubo de aceptar aquel duelo en que se ponía en juego el poder y el presupuesto por una parte y la virtud y el sacrificio por otra.

En el segundo periodo del presidente Montes la relajación de las costumbres sociales y políticas llegó a los límites de lo inconcebible. Políticos reclutados al azar, de los más bajos fondos sociales, traían al campo político un hambre contenida estoicamente, una ambición de lucrar fácilmente y enriquecerse con el presupuesto; se multiplicaron las camarillas de financieros y traficantes. El caudillo que había comenzado

por dar ejemplo sobre la concusión veía con complacencia aquel asalto de los arrivistas, porque cada uno de los ambiciosos se convertía en el lacayo político incondicionalmente sometido a la disciplina del caciquismo montista.

Ejemplos típicos de la relajación política y del desórden administrativo de aquellos oprobiosos días son el affaire aduanero, en que se comprometieron el ex-ministro de hacienda don Casto Rojas—un mimado del montismo—el ex-ministro de justicia don Alfredo Ascarrunz, altos empleados de la dirección de obras públicas, y varios miembros calificados del régimen gobernante, por cuyas manos pasó el dinero de la caja fiscal con el consabido descuento de la propina política que se la ganaban a fuerza de indignidad y de bajezas ante el Invicto.

Los peculados y chanchullos estaban a la orden del día, los escándalos sociales y políticos salían al comentario público, las actuaciones parlamentarias fueron sucediéndose con violéncia, ministros acusados de concusión, de negociados turbios, affairistas redomados, toda la máquina del montismo operaba sostenida por diarios asalariados escritos por gacetilleros rufíanes que prodigaban el incienso en medio de aquella estúpida medíocracia que colmaba la vanidad del caudillo vencido ya por el vértigo del poder.

Pero donde el régimen liberal recibió el golpe certero y definitivo fué en aquella sombría encrucijada del Kenko. El 15 de Junio de 1917 rodó la cabeza patricia por el barranco de Huichincalla, arrastrando consigo la obra del montismo. El crímen impune inmovilizó por un momento al pueblo, un solo momento de vacilación, pero la verdad desnuda y sencilla fué alcanzada aquel mismo día de luto y tribulación nacional. El instinto popular, que nunca falla en sus secretos designios, palpó la verdad monstruosa y vió sobre los horizontes ensombrecidos un rayo de justicia, resplandor de un instante que mostró la ruta política del país hacía el fatal exilio de los traidores y delincuentes.

La revolución estaba planteada. El crímen mantenido impune con ayuda de jueces y fiscales prevaricadores, borrada la torpe huella de los criminales por una mano misteriosa que procuró oscurecer y confundir el hecho, la justicia humana tardaba en llegar, pero el pueblo se había entregado a una silenciosa confianza en los secretos designios del destino histórico. Y la revolución se planteó el mismo día que la mano criminal tronchaba para siempre la vida del ilustre ciudadano y brillante militar Mayor General José Manuel Pando.

El trágico año del 1917 trascurría lleno de sombras y vacilaciones a la expira-

ción del segundo periodo presidencial del caudillo Montes. El nombre de este siniestro personaje de la política boliviana agrupó a todos los traficantes y buscones, que medraron durante dos periodos junto a la renta fiscal, a todos aquellos que ostentan ahora lujosos edificios, palacetes suntuosos y fortunas surgidas por arte de magia, o de maquiavelismo político.

Vino luego la presidencia de don José Gutiérrez Guerra, prestigioso miembro de la banca, que por ciertos tragines de la camarilla resultó candidato del partido liberal y más tarde elegido por una turba de ébrios matones y jovenzuelos cínicos, que a plan de balazos dispersó a los ciudadanos del recinto electoral. Manchada aquella credencial desde su orígen fué predestinada al fracaso.

Gutiérrez Guerra, hombre de debilidades mundanas, comenzó su periodo con honestos propósitos. Y en el palacio convertido en centro de orgía desfilaban siluetas de mediocridad o cómodos burgueses de la política, que pedían tánto u ofrecían cuánto. En los primeros meses de su periodo se inició aquella memorable acusación contra el entonces ex-presidente Ismael Montes, por violación de las garantías constitucionales, malversación de los caudales públicos y

otros delitos punibles, fuera de que honestamente se le pedía que explique la misteriosa procedencia de una cuantiosa fortuna, adquirida ostensiblemente durante sus periodos de gobierno.

La camarilla se asustó, al extremo de perder la serenidad,y ordenó violencias contra los dirigentes opositores. Se levantó la gendarmería armada para cortar a balazos y ahogar en sangre la justicia popular.

El 5 de Diciembre,en que se realizaba la primera sesión acusatoria contra Montes, debía este concurrir a la cámara de diputados a defenderse de los cargos concretos formulados por los diputados de la mayoría republicana señores Octavio Salamanca, Domingo L. Ramírez, Juan Manuel Sainz y Rafael de Ugarte. Aquella trágica jornada que los ciudadanos recuerdan con indignación fué fraguada y preparada por el montismo. El presidente que se hallaba investido del poder, merced a la ayuda de la camarilla de bribones, vió en el clamor público una seria amenaza al partido liberal y tomando por su cuenta los cargos a Montes ordenó se adopten medidas extraordinarias contra el pueblo, a fin de ahogar en sangre cualquier estallido de la opinión pública.

La sesión del 5 de Diciembre constituye un baldón para la dignidad del parlamento. El acusado Montes veciferó como un

energúmeno callejero, sin respetar a los representantes nacionales, convirtiendo el banco del acusado en la tribuna del político despechado por el descubrimiento de sus bellaquerías. Y sin embargo, hubieron diputados de la mayoría liberal, como don Claudio Peñaranda, que aplaudieron al acusado por sus correrías indignas y hubo un José Luis Tejada Sorzano, entonces presidente de la cámara popular, que escuchó sin ruborizarse aquella andanada de majaderías de un neurótico specímen de la vulgaridad exaltada al poder.

La mano del montismo segó la vida de doce ciudadanos en aquella jornada sangrienta,en que se alzó la silueta del genízaro pisoteando la soberanía popular. Los matones ébrios de impunidad, extremaron su ferocidad hasta victimar indefensos suplementeros. Y Montes, aclamado por cuatro esbirros y matones electorales, fué llevado hasta su casa,en medio de tropas, custodiado por sayones y agentes secretos de espionaje, radiante de haber triunfado sobre la estupidéz de aquella colectiva locura que aclamaba al caudillo acusado.

Presos los diputados acusadores, deportados los representantes del pueblo, los periodistas de la oposición radical y republicana, establecida la censura de la prensa y decretado un nuevo estado de sitio, la tur-

ba harapienta de perdonavidas, al mando de Tomás Manuel Elío y otros adminículos del régimen, requisó domicilios allanándolos torpemente, hizo aprehender a las personas con quienes tenía cuestiones particulares, y paseó en triunfo la absúrda impunidad del caudillo,mientras se ejercía un grotesco sainete de elecciones el 9 de Diciembre. Por lo que corresponde a los radicales, fueron deportados el director de "El Hombre Libre" doctor Vicente Fernández y G., los redactores del mismo diario, señores Gustavo Carlos Otero y Gabriel Levy. Entre los republicanos figuraban el senador doctor Bautista Saavedra, los diputados Carlos Anze Soria, David Alvéstegui, y los señores Gustavo Ríos Bridoux, Luis A. Uría, Arturo Arenas, Sixto Alberto Ballesteros, Infante, etc., que tomaron la vía de Arequipa y Antofagasta.

Seis meses después del cobarde asesinato del general Pando, la siniestra mano del montismo hizo firmar al gobierno débil de Gutiérrez Guerra, un sitio infamante, en que se clausuró el diario radical "El Hombre Libre", se apresó y deportó a los periodistas opositores y se violaron las inmunidades parlamentarias, siguiendo la perniciosa doctrina de la oligarquía, de que el sitio no cobija inmunidades.

La revolución seguía fermentando en todos los corazones. Los políticos liberales

satisfechos de su cómoda situación descanzaban tranquilos en la confianza de la gendarmería, de los esbirros y agentes electorales. Nunca imaginaron un vigoroso despertar que barriera radicalmente las viejas y carcomidas estructuras del montismo.

III

Esta situación duró aún los siguientes años de 1918 y 1919. Vino a agravarla un conjunto de hechos, que acabó por sublevar al pueblo y unificar la opinión contra el montismo.

La vieja cuestión del Pacífico, que dormía en el sigilo de la cancillería mientras la guerra desangraba a Europa, se hizo cuestión palpitante apenas la victoria sancionó el desquite de los aliados. Frente a un gobierno que se sentía atraído por las seducciones de la política chilena, los partidos de oposición condujeron al pueblo por el camino nacionalista. Divorciada la actitud del gobierno del sentimiento nacional y sin el apoyo de la opinión pública, se desarrolló floja y pesada, pretendiendo imponer una arbitraria y artificial estructura de relaciones, cuando el pueblo había fijado en su corazón la idea reivindicacionista, como el sagrado deber que le imponía la historia y la tradición de la república.

El montismo adicto a los sugestiones mentirosas de Chile, desplegó toda su ha-

bilidad para neutralizar la corriente popular. Convencido de que por los lícitos medios de la razón y de la lógica no podía contrarrestar esa política reivindicacionista, cometió la imperdonable torpeza de movilizar sus medios propios.

Organizóse la Guardia Blanca, sociedad de juventud encasillada en los puestos administrativos, que quiso desconocer los sentimientos del país y pisotearlos cínicamente, con una adhesión incondicional a Chile. Al grito de ¡Viva Montes! ¡Viva Chile!, aquella turba de juventud degenerada en los prostíbulos y en el garito, atropelló derechos y ultrajó a los ciudadanos opositores. Secundada por la Policía, a la que le ligaban secretas relaciones, la Guardia Blanca se alzó despreciando al pueblo, desafiando la ira colectiva, gastando sin reparo dineros que nadie sabe de dónde venían.

Y no fué menos indígna la labor de la prensa montista que trabajó por la sumisión a Chile, con grave ofensa al decoro de la nación y con completo olvido de nuestro pasado histórico.

Después de una violénta campaña de prensa en los primeros meses de 1920, sobre la palpitante cuestión internacional, vino aquella desgraciada controversia entre la cancillería peruana y boliviana, en la que ambos ministros hicieron derroche de un cabál desconocimiento de las necesidades e

intereses de sus respectivos paises. Vino luego la brillante Convención del partido Radical, en la cual se plantearon las bases doctrinales del programa. Coíncidiendo con este suceso de importancia, se sucedieron los bochornosos hechos en que se destruyó e incendió la imprenta del diario republicano "La Razón" de La Paz y se empasteló "La Patria" de Oruro.

Con semejantes actos de barbarie, con todo este conjunto de hechos eslabonados, todos ellos formando una cadena infamante forjada por el montismo para anular la oposición, el pueblo se sentía deprimido y alimentaba lleno de coraje el ánsia del desquite y de las reivindicaciones.

Del crimen del Kenko a la destrucción de "La Razón" hay un recorrido criminal y sombrío, que dibuja un horizonte de rebeldías e inquietudes. El día que circuló en la república la terrible noticia del asesinato del general Pando, surgió el fantasma de la revolución y aquella tenebrosa noche de la destrucción de "La Razón" se sancionó la voluntad del pueblo en un solo grito surgido del fondo mismo de la entraña nacional. Ese grito fué: ¡reivindicación!

IV

La revolución del 12 de Julio de 1920 fué lógico resultado de un estado de opinión formado en el país durante ocho años y su preparación corresponde al sacrificio de dos partidos de oposición que se enfrentaron al montismo: el radical y el republicano

El régimen estaba tan abstraído en sus especulaciones a base del presupuesto, que no reparó en el proceso de la nación; olvidado de sus deberes de conciliador, extremó los ataques y violencias. Los trabajos revolucionarios, mantenidos en plena reserva, merced al sigilo de los organizadores, prosperaban fácilmente en aquellos días de inocencia liberal.

Tal era el estado de seguridad del partido de gobierno, que su prensa adicta disponía ya la Convención del partido, para elegir el candidato a la presidencia. La abstención del partido republicano que parecía sugerir una debilidad, un aparente desacuerdo de los dirigentes del partido y la completa seguridad del gobierno, ayudaron notablemen-

te al plán revolucionario. El Intendente de Policía,don Justo Pastor Cusicanqui, previó meses atrás el inminente movimiento, pero el palacio asediado por los buscones de la política no daba tiempo para reflexionar seriamente en esto. El bonachón ministro de guerra, general Prudencio, que se preciaba de ser una columna del gobierno, estaba en la luna, esperando cómodamente arellenado en su butaca ministerial alguna temporada de teatro, para tomar el consabido abono, única e inocente preocupación de su vida.

La situación del país no podía ser más desesperante. Los ciudadanos veían la patria conducida por el camino funesto de los intereses de un grupo cerrado, de políticos negociantes incapaces de pensar seriamente en el porvenir nacional.

La administración pública convertida en agencia electoral se formó con empleados fanáticos del régimen, cuya principal misión consistía en intervenir descaradamente en política. Se multiplicaron empleos inútiles y era título para ocupar cualquier cargo públicc, ostentar una conducta de servilismo y de matonaje, o poseer especial recomendación de los dirigentes.

La instrucción pública, entregada a maestros esbirros y agentes de cohecho electoral, andaba prostituída en manos de jovenzuelos infatuados por la pedantería roumista, que hizo del magisterio docente

una sucursal de los clubs políticos. Hasta se permitían improvisar profesores pedagogos, sin más mérito que haber apaleado ciudadanos opositores, o formar parte de Guardias Blancas.

Las policías se habían convertido en verdaderos antros de expiación y tormento. El gendarme, exaltado a la alta situación de columna del régimen, era un brutal analfabeto cerrado en la férrea disciplina de la obediencia al gobierno. Y los esbirros de la policía secreta, ambulando tras los pasos de los dirigentes opositores, pasaban diariamente un parte detallado de sus pesquisas, ridículamente abultadas para congraciarse con el podér. El espionaje llegó a ser un medio inícuo del doctrinarismo. Mujeres que derrochaban lujo en los vespertinos paseos de la calle Comercio, jovenzuelos que frecuentaban cafés y prostíbulos, no tenían otra misión que espíar los menores pasos de los opositores y anotar en el carnet rufianesco sus impresiones sobre la actitud, o el supuesto pensamiento de su hombre.

La hacienda pública, entregada a la camarilla de financieros insaciables, era un garito. Los empréstitos se contrataban mediante fuertes primas a diputados y ministros y las concesiones o negociaciones petrolíferas, de trabajos ferrocarrileros etc., tenían sus favoritos. Los Lavenáses formaron una camarilla encargada de especu-

lar con las obras públicas y cobrar la prima por su trabajo en las bancas del parlamento o en un sillón ministerial, convertidos en agencia de sindicatos industriales o en bufete de abogados de los grandes capitalistas que tenían relaciones con el Estado.

Días antes de la revolución,el país mostraba todos los síntomas de la anarquía. El mandatario retirado a su residencia particular, se mantenía en palacio como el sombrío espectro de las visiones históricas de nuestra agitada vida política. Por palacio desfilaban los hambrones del presupuesto y el chisme elevado a la categoría de institución pública,dividía en dos bandos enconados las mermadas y raquíticas fuerzas del doctrinarismo montista,

Aquellos últimos días eran una perpetua agonía. El régimen sucumbía fatalmente, vencido por sus propios defectos, incapáz de contener el desborde de tantos apetitos, mientras la casa de gobierno abandonada y escueta repercutía en sus muros trágicos el sordo rumor que venía del pueblo, como un estallido de indignación sagrada. Don José Gutiérrez Guerra, con razón llamado el "último oligarca", acosado por sus amigos políticos, se vió cerrado en un estrecho pasadizo de tenebrosas concupiscencias. Pudo sentir asco de esos tragines indignos antes del 5 de diciembre de 1917, pero desde aquel trágico manotón que aho-

gó en sangre el grito de justicia, cómplice de un régimen funesto, no fué más que el cómodo instrumento del montismo que lo llevó al poder para gerentar la firma. Mal respondió este mandatario a la confíanza del montismo. Débil de vigor físico, escaso de vigor mental, falto de carácter y de carrera política improvisada, su figura pasó por el gobierno,como la de aquellos infortunados arlequines de la política mundial que entre la mueca idiota de la orgía o los caprichos del sensualismo morboso, sucumben irremediablemente, víctimas de un secreto terror, poseídos del miedo y capaces de cometer los peores actos por sostenerse.

Falto de carácter, don José Gutiérrez Guerra fué el mandatario escogido para que los bribones de la camarilla hicieran de las suyas, No teniendo preparación jurídica, ni energía para destacarse en el gobierno, fué influenciado por corrientes opuestas y contradictorias que asaltaban el palacio, sin mas fín que conseguir alguna prebenda o favores del podér. Encumbrado a la alta política por los azares del maquiavelismo fué el prototipo del gobernante débil, que merece compasión antes que el odio de sus correligionarios. Le tocó asumir la presidencia cuando era incontenible el desborde de las pasiones. Durante su período gabinetes de la medíocracia política, parlamentaria e intelectual, ministros surgidos

de la fila arrivista y reclutados entre los mas calificados esbirros y concutores, se abrían paso a empujones, asaltando la política y los salones, para lucrar.

Pero la ley del desgaste debía extinguir para siempre aquella feria de apetitos y la comandita gubernamental del montismo, batida por la opinión pública, hubo de sufrir tremendas derrotas. Cada una le empujaba mas al abismo, y el caós de esa camarilla era un hecho. Desde hace cuatro meses el partido liberal se mantiene como un tísico, contando los días que le quedan, acudiendo a todos los medios ilícitos para durar algo mas, pero es en vano torcer el proceso de su vida.

"El Hombre Libre", diario radical, previéndo esto, decía en sus ediciones de junio:

Los primates del proselitismo

"En un régimen de irritante nepotismo la mediocracia se venga imponiendo en toda función a sus primates, magnánimos y satisfechos paquidermos, que ocupan los cargos más encumbrados merced a su filiación doméstica antes que a su filiación política.

Los primates del proselitismo escalan un poder tartarinesco, pasando sobre su propia dignidad y dando saltos simiescos de equilibrio entre un partido u otro, entre una doctrina o cualquiera otra, entre una ambición de poderío o el despecho decepcionante. Para ellos la moralidad o la consecuencia son quimeras políticas: lo efectivo, es vivír un presente cómodo y licencioso.

Observar los rasgos característicos de la decadencia de todos los imperios y en América de todos los caudillajes. A la sombra de un poder que en su concepción moral es bárbaro y atávico, prospera medrosa en la sombra una corte de bufos y alequines, que decora cínicamente las antesalas palaciegas. El festín de Baltazar es apenas un boceto de los caníbales políticos; antropófagos de su propia dignidad, se han roído las entrañas hasta borrar el mísero remordimiento de su felonía; Miraron el obscuro pasadizo de su conciencia y encontrándola en las tinieblas del simio pervertido, le echaron un cerrojo carcelero que nunca dejará penetrar un rayito de luz.

Mirad la podredumbre de Roma bajo Tiberio, Calígula, Heliogábalo, o los sombríos pasajes de la vida colombiana y venezolana expuesta a la vergüenza continental. Pensad en Bolivia bajo el látigo de un Melgarejo, en Méjico esclavizado al porfirismo, o en los ciudadanos de Sucre y Frías unci-

dos al absúrdo carro de un generel mulato, meditad un momento en las orgías traidoras de los césares de la decadencia, en la pervertida voluptuosidad de los soberanos roídos en su entraña palpitante por el virus de la degeneración, y,en todos esos infamantes días de mentira política veréis surgir la plaga: son los trabajadores de la muerte que hurgan el cadáver, desmenuzan la rígida contextura huesosa, se aferran al cerebro para convertirlo en miserable montón purulento y pretenden sorprender en el inerte brillo de la pupila el resplandor de una idea. ¡Paso a las larvas!

En la noche silenciosa el zumbido trágico que ronda el cadáver es el canto macabro a la muerte desolada y sombría. En los días postreros de un régimen, son los primates del proselitismo, ébrios de hartazgo, que se embriagan de poder y de vino para olvidar la triste realidad que ronda el viejo palacio donde se asilan los últimos restos de la piratería política.

Y en trágico cortejo de rostros cetrinos, adustos y cenceños, pasa la caravana de la muerte, la fila del nepotismo: sus gritos son una plegaria que irrita.

Allí donde el nepotismo ha surgido, pensad que ha llegado el último grado de la degeneración política, porque este recurso no es más que el espanto tímido que pretende defenderse de la ola arrebatadora.

Mientras la ciudad silenciosa duerme mecida por un vago ensueño de rebeldías populares, escuchad del lado de palacio: parece un gemido débil y atormentado, semejante a aquel grito de Morales, en la noche trágica de su muerte.

Morales es el régimen y de él puede decirse: "Ese hombre que hacía alarde de haber dado de balazos a un presidente, porque lo creía tirano, perece a balazos en su propio palacio como otro tirano".

Es la ley humana que dijo la divina quimera de Jesús".

Roland.

El dogal del pueblo

"El caciquismo liberal quiso hacerlo todo a su imágen y semejanza. Comienza ayer por envenenar las sagradas fuentes de la familia, corrompiendo sucesivamente al padre, a la madre, la esposa, a los hijos. Impuso la instrucción obligatoria y colocó en la cátedra a un mal funcionario que por

amor al estipendio se hace llamar pedagogo; desvergonzado fachadista que hizo del augusto magisterio curso de esbirrismo o agencia electoral. El falso maestro educó al niño en la mentira gobernante, desfigurándole nuestra historia, anulando su conciencia cívica y su entusiasmo patriótico, concitando en la sencilla ternura infantil bárbaros y precoces enconos, achatando la sumisa arcilla de su espíritu con el ejemplo de la humillación y servilismo.

Rodeó de fáciles seducciones a la juventud, desde la instrucción media y universitaria hasta la que hizo de la pereza administrativa cómoda manera de vivir. Castrando las virtudes juveniles formó una generación de eunucos, huérfanos de sentido moral; juventud sin ideas ni entusiasmo, en cuya resignación asiática encontró el mejor asidero de sus éxitos. Colmándole de baratijas practicó el soborno con míseros destinillos. Más tarde, entrenada en el manotaje electoral y respaldada en el genízarismo, le lanzó a calles y plazas, estimulando sus más bajas pasiones, sin permitirle más energía que para vociferar, en privado y público, cínicas loas al Invicto.

Hizo diputados; credenciales senatoriales se distribuyeron con largueza, manejó parlamentos dóciles e idiotizados; multiplicando empleos o agencias electorales, no descuidó improvisar diplomáticos. Con

mano codiciosa y ávida, puso su mano en la hacienda pública para realizar malabares financieros.

Ahogó en sangre el grito popular, estableció mordaza para el pensamiento libre, encerró en cárceles a periodistas opositores, mientras licenciaba presidiarios vulgares, pisoteó la carta política forjada con la espada de Bolívar y los idealismos de Sucre, atentó contra la independencia de jueces y magistrados bajo amenaza de vejámenes y destituciones dictatoriales, quiso hasta corromper nuesta institución armada pretendiendo sujetar su misión elevada a los intereses de su política concupiscente. Habiéndolo corrompido todo en lo interno, concibió el despreciable designio de manchar la honra de la patria, empujándola al celestinaje internacional.

Semejante política de hierro forjó la fragua gigante en que se fundieron todos los vicios individuales en un vicio colectivo: el régimen. Vino, como natural consecuencia, el achatamiento moral del pueblo y durante algunos instantes de atonía nacional, parecía que la virtud hubiera huído acosada por el desenfreno de la orgía doctrinaria.

Tímidas reacciones señalaban un incierto porvenir. Una nueva farsa, un cómodo recurso que nunca falta en los apremiantes cublieteos de la mediocracia, postergaban el derrumbe liberal.

Sucedió que el sistema pacientemente constituído, a fuerza de atropellos y concusiones, era insuficiente para acallar el invencible clamor del pueblo. El edificio liberal amenaza ahora desplomarse, derruído y envejecido. El tiempo dejó su huella imborrable en la mentira y sobre los escombros polvorientos Caín agoniza y el dogal del pueblo se afloja.

Gobernantes sangrientos y feroces dejaron huellas que son una vergüenza y estigmas de degeneración. La obra liberal queda reducida al apetito del poder constreñido por treinta años de lucha; tan solo sobrevive la huella de una pasajera convulsión.

Las plataformas del sistema, el gendarme, el maestro de escuela, el funcionario público, el representante de suprefectos tiranuelos, la bolsa fiscal, están agotados; son espectros o caricaturas del pasado esplendor y allí donde el vértigo de la altura dibujó una sonrisa, se nota la estúpida mueca del terror: es la carrera a la muerte.

Los caciques, prófugos unos, rendidos otros, están en plena bancarrota.

¿Qué sucederá?

Una inquietante interrogación se dibuja en el horizonte.

Hagamos todo, o no habremos hecho nada

"Estamos al convulso latido de un momento trascendental, porque es preciso no perder de vista que un solo sentimiento palpita en la entraña del país; enmienda, dentro y fuera de nosotros.

Ya no quedan virtudes por profanar y la virtud está de pie; ya no existen pensamientos que encadenar y el pensamiento es libre, siente siempre la atracción de la altura, para elevarse sobre el infecto pantano de la política bizantina.

La mentira sigue gobernando y la verdad se abre paso en todos los corazones, de un confín a otro de la república. El tributo al absolutismo se ha agotado; pasó el momento de desorientación nacional, en que las faltas se disimularon y se hizo de la tolerancia resignada costumbre colectiva.

La paciente arquitectura del partido liberal se desmorona irremediablemente, porque veinte años de gobierno dejaron una profunda huella de achatamiento. El ropaje material, que se exhibe como producto exclusivo de esa labor política, no alcanza a cubrir toda la miseria moral que sufre aun

el país. Los tanteos tímidos y enfermizas vacilaciones no tienen suficiente eficacia para apuntalar al desastre.

Ved al proselitismo acorralado en sus postreras posiciones; las fauces se han gastado en una perenne convulsión. Palaciegos y áulicos sienten ya el peligro rondar sus mansiones suntuosas y en sus fiestas se nota la angustia del mañana; vencidos por la incertidumbre adoptan un gesto de plegaria, caminando todos hacia la deserción. Ellos cultivan ahora la ruda filosofía de la deslealtad política, como el único recurso para justificar el ¡sálvese quien pueda!

Es la anarquía del absolutismo, que arrastra en el torbellino de la catástrofe los últimos restos de la escoria liberal, ambiciones, poder, riqueza, la ceniza de la vida.

Estamos viviendo instantes de transición. Ya no es la causa opositora una simple arrogancia verbal, tiene el firme convencimiento de su energía para la acción.

Y al referirnos a la acción no justificamos el motín de cuartel ni la encrucijada callejera; apuntamos, si, la enorme eficacia de factores más poderosos, cuanto más espirituales. El libro, la idea, el pensamiento libre, derrocarán, como están derrocando, la mentira liberal. Estos instrumentos de la cultura humana sean los legítimos medios que emplee la opinión boliviana, para

aplastar al prejuicio que concede solamente al liberal el derecho de regir el destino de la nación.

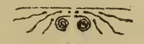
Pensemos pues como hombres libres, al hacerlo salvamos al país. Que en todo corazón abierto a las abnegaciones, en todo ciudadano patriota, surja el resplandor de su deber, tan nítido y limpio,que sin vacilaciones ni cobardía afronte el peligro.

Hagamos todo, o no habremos hecho nada: es el clarinazo que la juventud libre de la república toca en el insustituible instante en que el anarquismo oficial se precipita vencido por sus propias deformidades y ambiciones.

Esta política bárbara, en que parece haberse fundido todas las taras del mestizaje colonial, esta psicología criolla que tiene con la esclavitud africana y la resignación amarrilla rasgos afines, merece ya una seria enmienda.

Y no será la juventud,que es nervio espiritual, ni el pueblo músculo de acero, que no pongan en noble competencia su intrínseco valor al servicio de la cruzada restauradora.

Roland.



V

Aquel amanecer poblado de extraños rumores, fué el despertar de la nueva vida que se alzaba triunfante sobre los escombros del montismo.

Por las calles de la ciudad circula un vago rumor y en los rostros que no ocultan su profunda turbación se dibuja una cruel congoja. La verdad se aleja en los engañosos mirajes de una quimera...

Todo el vértigo de esa hora definitiva parece volcar en los espíritus el secreto presentimiento de una terrible verdad. El movimiento de los transeuntes es inusitado, las interrogaciones son breves y lacónicas; como de costumbre el día sorprende a la ciudad ya en plena actividad, pero aquel movimiento es distinto y nervioso. No se nota en los víandantes la pasiva frialdad de otros días. No han sonado clarines ni fanfárrias militares, pero hay en el ambiente un ácre sabor de pólvora.

Los "pongos" tradicionales salen a la calle y los porteros abren la puerta princi-

pal. Perifolladas sirvientes, arrebujadas en sendos abrigos o mantas, se lanzan al campo de la murmuración pública. Y su estupor es inmenso al presenciar aquel pedazo de cuadro guerrero, que parece arrancado a Europa. Patrullas de soldados recorren las calles, automóviles militares armados trepan las cuestas y lanzan el sordo eco de sus bocinas, ametralladoras han sido colocadas en sitios distintos y en las plazas hay pabellones de armas y cajones de municiones. Miembros civiles de la población, con carabinas a la bandolera, recorren la ciudad dando gritos de entusiasmo...

¿Qué ha sucedido en aquella noche?

El nutrido fuego de fusilería paraliza de terror a los madrugadores. Enloquecidos por el infernal tragín de gente armada balbucean palabras de congoja,mientras ponen doble cerrojo al zagüan colonial.

¡Cien muertos! Han muerto cien liberales! No, son republicanos! Escuchen, son tiros de rifle! Ay! qué tiroteo por la Intendencia! Por Dios señora, mi hijo no se ha recogido anoche! Las palabras breves, secas, atónitas. Un lloro de niño extremece a la madre buena y, a lo lejos, el nutrido fuego de fusiles semeja una sangrienta cacería.

Imposible definir la profunda ansiedad de aquella mañana del 12 de Julio.

El domingo, como de costumbre, toda

la ciudad se divertía. Políticos y esbirros bebieron en las cantinas y la dorada juventud se había recogido después de una noche de francachela, alegre y bullanguera. Los confianzudos paquidermos de la política liberal dormían tranquilos, soñando quizás con las pingües utilidades posibles. Los ministros distraían sus odios en los cafés y tertulias. Zamora hacía chistes en el "Princesa"; el ministro de gobierno Careaga Lanza concurrió a la retreta y charló, aunque en mal castellano, con algunos socios de la comandita gubernamental. El ministro Ochávez, bebía aquella noche sendos tragos de chicha rasgueando la guitarra en la "Cigüeña",

Escusado es decir que el ex-ministro de guerra general Prudencio charlaba aquella última noche con amigos que tuvieron la ocurrencia de hacerle compañía en las postrimerías de su gobierno.

Del ex-presidente don José Gutiérrez Guerra nada pudimos saber, pero es presumible que haya pasado la noche deleitándose con su pasión favorita del juego, o agotando botellas.

La verdad es que ningún dirigente liberal sospechaba que el movimiento revolucionario estuviese ya consumado, con tanta habilidad como sigilo. El pánico que se apoderó de aquellos valientes, a la hora del estallido, no es para descrito. Los energú-

menos apaleadores del pueblo al oír el rugido del león sintiéronse desfallecidos.

Los incógnitos conjurados de la revolución paseábanse aquella noche en la retreta del parque Murillo y algunos de ellos domaron sus nervios escuchando las graciosas canzonetas de Inés Berutti, o sorbiendo chocolates en amena charla con inocentes ciudadanos apoltronados en su ignorancia de aquella inminente convulsión. El doctor Bautista Saavedra, alma y cabeza de los conspiradores, tuvo aquella noche la audáz ocurrencia de charlar en los corrillos del Club de La Paz y jugar partidas de ajedréz hasta cierta hora.

Desde las primeras horas de la noche, se hizo circular exprofeso la noticia de que se temía un ataque sorpresivo a la imprenta de "La Verdad" y al nuevo local de "La Razón". Dispúsose entonces que una guardia republicana, compuesta de juventud y de artesanos, acudiera a ambos locales para defenderlos, si llegaba el caso. Transcurrieron las horas en charla animada y ocurrente, hasta que a horas tres de la mañana el doctor Bautista Saavedra con frase rotunda y seca indicó que el verdadero motivo de su presencia era el estallido próximo de la revolución republicana.

Aquellos ciudadanos forjados en el sacrificio de años no decían una palabra. Comprendiendo que cualquier exclamación de

sorpresa, o manifestación de entusiasmo, podía comprometer el éxito del golpe, guardaron un digno silencio y se limitaron a acatar las órdenes impartidas de inmediato. La hora de la prueba había sonado para los republicanos. Nadie escatimó el sacrificio. Comprendiendo su deber,y rápidamente enterados de todo el paciente trabajo de seis meses, aceptaron con optimismo sus puestos. No había tiempo que perder.

En aquella hora terrible los minutos son siglos. Un extremecimiento paraliza la voluntad y los conspiradores, civiles y militares, obran automáticamente, procurando sumar mayores probabilidades en el arriesgado juego que inician con tanta audacia,

Son las tres de la mañana. El cuartel del Regimiento Nº 5 de Miraflores está silencioso. La tropa descansa en las cuadras. El centinela de la prevención vigila atentamente la ancha explanada de Miraflores y los rondas traginan cada media hora, bostezando en aquel amanecer preñado de inquietudes. Un oficial de alta graduación se presentó en el cuartel y, después de un breve cambio de palabras con el clase que hacía la guardia, ordenó que dos compañías del primer y segundo batallón se pusieran inmediatamente en camino a la ciudad. pues acababa de fallecer el presidente de la república y urgía resguardar el órden público.

La tropa ya equipada salió sin darse cuenta de lo que ocurría. Tomando el camino nuevo de Miraflores a la ciudad avanzó en rápida marcha. En el trayecto había inusitado movimiento de civiles y oficiales. Al llegar a cierto lugar del camino se detuvo la tropa para escuchar la arenga de otro alto oficial del ejército. Un entusiasmo visible se dibujó en aquellos soldados de la república que son el pueblo mismo. Y enardecidos por la verdad de aquella hora histórica, empuñaron el fusíl secundando con un gesto de valor, el movimiento iniciado con tan diminutas fuerzas.

Los comandantes de las dos compañías recibieron inmediatamente órden de capturar las distintas reparticiones militares de la guarnición, así como el palacio de gobierno, el panóptico y el local de Policía. La tarea era muy difícil y arriesgada, pero resultó pintoresca, por la serenidad de quienes la ejecutaron con tanto brillo, que consiguieron apoderarse de los puntos necesarios, con todo órden, procurando más bien ahorrar estériles sacrificios de sangre.

Una sección de veinte hombres, al mando de un bravo capitán, cuyo nombre merece todos los honores del veredicto histórico, recibió la comisión de tomar la policía. Para evitar que los gendarmes del servicio nocturno alarmáran a la población fueron conveniente despojados de sus pitos

y enrolados—que ironía—en las fuerzas destinadas a capturar el cuartel policiario.

En la puerta del edificio siniestro, se sostiene un rápido diálogo;en tanto los veinte hombres pegados a la pared se escurren sin ser vistos.

– ¡Alto, quien es!

—Oficial de ejército, con una queja.

—¡Avance! ....

Como surgido de la tierra avanza un oficial de ademan resuelto, armado de una buena pistola, dispuesto a disparar al primer intento de resistencia.

Y sigue el diálogo nervioso y rápido:

– ¡Abandone la carabina o lo maio!

—¡No puedo mi capitán!

—¡Dos hombres! .... Dos soldados apuntan sus fusiles al pecho del centinela que sin salir de su sorpresa se convence de que resistir es inútil.

Inmediatamente se relevan centinelas y son declarados presos todos los del cuerpo de guardia, los que desarmados pasan a lamentar su desgracia a un calabozo donde ellos torturababan a los ciudadanos republicanos.

La policía estaba en manos de los revolucionarios, con tanta pericia que no se disparó un solo tiro.

Otra sección de soldados se dirigió a prender al "Tigre", en su casa. Lo encon-

traron en cama; despertado a la noticia de que lo perseguían para apresarlo y creyendo que la policía y las tropas permanecían adictas al gobierno liberal, se resistió a someterse, disparando a sus persecutores, los que en defensa de su vida amenazada por siete tiros consecutivos de pistola, le dispararon dos tiros de fusil. Aquel hombre estaba tendido para siempre. Su muerte fué ejemplarizadora para todos aquellos bellacos del antiguo régimen que se sentían aun fuertes para resistir La revolución cobró en esta ciudad su única víctima. Aquel Intendente sostenido por el gobierno, como una amenaza o una provocación al pueblo después de los trágicos días del 5 de diciembre de 1817, habíase desplomado pesadamente bajo la bala justiciera. Era la primera víctima de la revolución.

Urgía proceder con rapidez desconcertante. Las compañías que iniciaron el movimiento recibieron la comisión de tomar el cuartel del Regimiento Colorados, En la puerta del cuartel de la calle Sucre se sostiene una nerviosa conversación. La guardia no quiere convencerce, hasta que llegan las compañías del Nº 5; pero el entusiasmo es tan grande que los valientes soldados del "Colorados", quizás sintiendo en sus venas el bravo empuje de sus abuelos del Alto de la Alianzá, comprenden que la patria exige un sacrificio y se plegan al

movimiento, con la sonrisa más cívica que se haya dibujado en labios juveniles.

Engrosada la fila de los soldados de la nueva república, es necesario capturar el cuartel del batallón de Clases. Tiradores de tropa y civiles armados se tienden en la calle Colombia, por ambos lados de la puerta del edificio y una comisión enarbolando bandera blanca parlamenta con la guardia, enterando al comandante de que la plaza está tomada y que cualquier resistencia sería criminal. El batallón se rinde, no sin quemar algunos cartuchos, a manera de entusiastas salvas al amanecer revolucionario.

El Panóptico sigue igual suerte. La Intendencia y el Arsenal caen en manos de los revolucionarios. Las ametralladoras se emplazan en posición en la plaza Venezuela y solo falta apoderarse del palacio de gobierno, cosa secundaria que se opera sin muchas dificultades.

No obstante, el comandante de guardia declara que no se rinde y adopta sus precauciones para la defensa. El capitán que comanda la columna de asalto procura disuadirle de su temeridad y ordena que una ametralladora entre en posición para batir la puerta del palacio. Ante la escueta y siniestra boca del arma fulminante, la guardia cede, y penetra en palacio todo e personal civíl y militar de la revolución, que

VI

Conseguido el éxito de las operaciones militares, merced al celo del Tentente Coronel Juan J. Fernández y a la dirección del doctor Bautista Saavedra. Zenón Saavedra, José Espada Aguirre, Gustavo A. Navarro. Renato Riverín, capitán Ramos, capitán Murillo, capitán Ovando, del simpatíco capitán Peña y de los tenientes Blanco, y otros cuyos nombres inscribirá la historia en sus páginas de mayor relieve, desde palacio se impartían las órdenes del caso, para asegurar el fracaso de todo intento de reacción.

Esto se hacía esperar, dadas las versiones que la fantasía popular exaltadísima inventaba y dado el enorme movimiento de tropas en la población. Algunos jefes y oficiale habían desaparecido de la ciudad y se temía, con bastante fundamento, que las guarniciones de Viacha y Guaqui resistieran.

Entre tanto los señores jefes y oficiales de la guarnición, convocados al palacio y

en plena reunión, fueron arengados por el jefe político del movimiento doctor Bautista Saavedra, quien, invocando su patriotismo y los deberes que incumben a la institución armada, pidió se plegaran al nuevo estado de cosas, prometiéndoles que el nuevo gobierno ceñiría sus actos a la ley y velaría con el concurso del ejército nacional porque el país no sufra las terribles consecuencias de una guerra civíl. Los señores generales, jefes y oficiales presentes en aquella mañana del lunes midieron toda la responsabilidad de su conducta y reflexionando que la revolución tenía sus raíces en el pueblo y no era más que la fiel expresión de la soberanía nacional, firmaron dignamente el compromiso de honor de respetar al nuevo estado político y acatar sus decisiones. Una angustiosa espera de horas acaba de ser solucionada en el salón rojo de palacio. Los oficiales de toda arma y graduación han firmado ya su compromiso y se someten lealmente como defensores de la ley y del órden. Sucre se levanta desde Berruecos y sonríe por aquella fuerza puesta al servicio de la causa sincera y honesta. Y todos los circunstantes interrogan con profunda emoción el retrato del grande patricio asesinado en el Kenko, del general Pando, que alguna mano patriota puso sobre un sillón. La sombra de Pando dibuja su paternal silueta en la sala de palacio y reconforta los espíri-

tus; la serenidad templa los corazones revolucionarios.

Las noticias procedentes de Viacha y Guaqui son muy contradictorias. Nadie acierta a definir cual es la actitud de los dos regimientos de artillería que están de guarnición en Viacha, ni lo que sucede con el Abaroa en Guaqui, y la zozobra comienza a desalentar a todos. Momentos de vacilación agitan los nervios y los rostros graves escudriñan la ceja del alto, como en la revolución del 98. En palacio circulan los rumores más alarmantes. Alguien asegura que las artillerías vienen en actitud hostíl sobre La Paz; rumores llegan de que el Abaroa tomó rumbo desconocido. Se refuerzan las compañías de servicio, destácanse patrullas de vigilancia hasta el alto; el cementerio y los puestos de guardia son reforzados, en tanto que las ametralladoras convenientemente emplazadas se disponen a batir las zonas de tiro, en dirección a la ceja del alto. Simultáneamente se organiza el batallón General Pando, compuesto de civiles armados y se ordena que todos los adictos de la causa sean provistos de armas y municionados, para resistir el posible ataque de las fuerzas ausentes del cuartel general.

Aquellas horas han dejado en los adictos a la revolución recuerdos imborrables. Desde el tragín callejero de patrullas y ci-

viles armados, hasta el palacio repleto de gente, en todos los rostros dibújase la misma inquietud y un extremecimiento. Algunos creen sentir ya el tropel de las caballerías y jurarían haber oído el épico vibrar del clarín enemigo...

¿Qué sucedía en tanto en Viacha y Guaqui?

El domingo a media noche se había ordenado que las baterías del regimiento de artillería de campaña estuvieran listas para las cuatro y treinta de la mañana del lunes, con objeto de hacer una marcha de resistencia, con material enganchado y en dirección desconocida. Impartida la órden por un distinguido y valiente Mayor del ejército, no quedaba sino conocer el resultado de las primeras operaciones de La Paz. En efecto, el Mayor montado en un rico y fuerte caballo, partió al galope con dirección a La Paz,en la madrugada del lunes 12, ordenando que a la hora convenida partieran las baterías al campo de ejercicios también acordado. Después de un galope de dos horas estuvo en esta ciudad y entrevistado con el Teniente Coronel Juan J. Fernández y el Dr. Bautista Saavedra en palacio, aseguró haberse adoptado todas las precauciones del caso, a fin de asegurar el triunfo, en el momento mismo que un rumor insistente daba por seguro que las artillerías resistían. Dada esta situación de duda recibió órden

de trasladarse inmediatamente a Viacha y conducir sus baterías.

El Mayor tomó un automóvil y partió a extraordinaria velocidad a Viacha, dejando entre el inmenso gentío congregado en la puerta de palacio una congoja, pues todos sospechaban que algo grave ocurría.

Los oficiales del cordón de comunicaciones, que se tuvo la precaución de colocar a lo largo del camino de La Paz a Viacha, seguían en sus puestos, listos a escalonar las órdenes a las baterías, que a esas horas debían estar marchando al alto de esta ciudad. El oficial encargado del puesto del alto sostenía una extraña conversación con un militar de alta graduación, que por sus trazas parecía dirigirse a Viacha. Dispuso que atendiera su puesto sin escuchar sugestiones contrarias a las terminantes órdenes que tenía impartidas. El automóvil avanzó entre tanto rápidamente por la silenciosa llanura del alto, encontrando a una de las baterías a medio camino. La columna de marcha hizo alto y recibió órden de dirigirse resueltamente a esta ciudad, a apoyar el movimiento que había estallado. Los muchachos conscriptos no vacilaron un solo minuto. Partieron henchidos de patriotismo, como si fueran a sacrificar su vida por la tranquilidad del pueblo, de cuyo seno habían salido.

El regimiento de caballería de Guaqui

se temía que llegara a La Paz en tren expreso, con objeto de resistir y presentar combate. Rápidamente el Mayor ordenó que una sección de la batería tomara posiciones, con objeto de batir la línea del ferrocarril de Guaqui, con la consigna de detener el tren y desarmar al regimiento; en caso de que el tren no obedezca la órden de detenerse, la sección debía abrir fuego sobre el convoy.

Dispuesta esta medida de urgencia, el automóvil continuó camino a Viacha, a donde llegó pocos minutos después. Una vez en dicha guarnición el Mayor, procuró adquirir la actitud del regimiento Bolívar de Artillería, cuyos jefes y oficiales, sospechando lo que ocurría, observaban con anteojos de campaña la zona del alto de La Paz. Concluídas algunas disposiciones, el automóvil partió de regreso a La Paz, al encuentro de las baterías que iban delante. Cerca aún de Viacha el mismo militar de alta graduación galopaba, según se supo, con objeto de organizar la resistencia en Viacha, para lo cual contaba con las baterías de montaña y el regimiento Abaroa,que en lugar de dirigirse hasta La Paz debía pernoctar aquella noche en Viacha. El chauffeur recibió órden de aumentar la velocidad de la carrera, y era una visión de la guerra aquel fantástico auto que a 70 kilómetros por hora pasó por el lado mismo del militar monta-

do, mientras dos pistolas de largo alcance le vigilaban,sin permitirle la menor agresión que inutilizara el auto. Salvado este incidente fueron alcanzadas las baterías muy cerca del alto de La Paz, donde ya se encontraron patrullas de infantería que protegieron la marcha.

¿Qué sucedia en la guarnición de Viacha? Llegado el militar que pretendía hacer la reacción, conferenció inmediatamente con los jefes y oficiales de los regimientos de artillería, que permanecían en sus cuarteles en parte y mintiéndoles la situación,les expuso que la revolución había fracasado y era preciso sostenerse haciendo si posible la reacción a los conspiradores.

Un capitán expuso claramente la verdadera situación, es decir, que la revolución triunfaba, que las baterías tenían fondos y municiones para resistir un solo día y que en esas circunstancias no era más que una cruel aventura permitir que soldados del mismo ejército se batan en una desesperada guerra civil, cuyas consecuencias nadie podía prevér.

En la noche del lunes el regimiento de caballería, Abaroa, llegó en tren expreso a Viacha. La conferencia de los jefes y oficiales duró cerca de una hora y es posible que reflexiones muy acertadas como patrióticas hayan influído en el ánimo del comando; la verdad es que esa misma noche los

jefes aludidos citaron a conferencia telefónica al jefe superior de la revolución doctor Bautista Saavedra, con quien arreglaron que estarían el martes en la mañana, en La Paz, para fijar las bases y condiciones en que se sometían sus regimientos al nuevo estado de cosas. Concluyó de esta manera el incidente provocado por aquel militar de alta graduación, que se esforzó hasta el último por hacer la reacción, sin conseguirlo, ante el vigoroso avance de la revolución apoyada por el ejército y el pueblo.

Fieles al compromiso de la noche anterior, estuvieron presentes a las 8.30 de la mañana del martes los jefes del regimiento de caballería y los de artillería.

En la calle Comercio y la plaza Murillo, donde se hallaba apiñada una muchedumbre ávida de noticias, tuvo que abrirse campo para que pasen los ginetes que en riguroso traje de campaña se presentaron a galope tendido. La cabalgata se detuvo frente a palacio y los ginetes subieron a la esperada conferencia, vitoreados por el pueblo y vigilados por quienes podían temer una nueva aventura. Pero, desde el momento que aquellos jefes se sometían a conferenciar en palacio estaba asegurada la suerte de la revolución. Justamente se dirigían a la conferencia para sufrir dos alternativas: someterse y volver a sus puestos, o resistir y quedarse presos en palacio.

La conferencia duró pocos minutos, pues urgía preocuparse de mil asuntos que demandan atención inmediata.

Cuando aquellos jefes abandonaron el palacio, después de haber acordado bases honorables y comprometídose a acatar el movimiento producido, el pueblo los ovacionó merecidamente. En verdad, su sometimiento era de respeto a la ley y al nuevo gobierno que en nombre de la soberanía del pueblo había subido al poder.

Los ánimos se serenan un poco. La confíanza vuelve a dibujarse en los sombríos rostros de la gente que discurre por calles y plazas.

Se sabe que los nuevos regimientos sometidos bajan el camino del alto y se les dispone un alojamiento.

En la noche del martes patrullas de caballería recorren las calles, haciendo que el órden se mantènga inalterable. Disparos aislados, que con frecuencia se oyen en los barrios apartados, hacen que la vigilancia se doble.

Patrullas de civiles armados recorren también los puestos de peligro y la población está en vela, a la espera de lo que suceda.

Un día gris, trágico, tiende su manto de tristezas sobre la ciudad. Los ginetes ateridos de frío galopan inusitadamente; los puestos de guardia en los Bancos cumplen

su deber, las propiedades de los ciudadanos liberales son custodiadas por tropas de ejército y en las casas la vecindad vela, pensando quizá en los sangrientos sucesos que una reacción podía desencadenar.

El segundo día del golpe, la ciudad ofrece un aspecto más tranquilo, no obstante de que las fuerzas continúan en sus puestos y el armamento de los civiles se hace con método. El comando militar no descanza un solo minuto por prevérlo todo, por allanar todas las menudas dificultades de una operación tan complicada. De palacio parten oficiales montados y llegan también comunicaciones que nadie conoce, pero hay una angustiosa sospecha. La vigilancia debe aumentar, para prevenir cualquier contratiempo.

VII

La revolución se consolida en La Paz. Solo se necesitan noticias del interior de la república. Ellas no se dejan esperar. Pasado el primer momento de angustia llegan lacónicos partes telegráficos, trasmitiendo la grata noticia de que el golpe ha tenido éxito

Oruro fué en los últimos tiempos el foco de la conspiración, por lo que se refiere al pueblo y seguramente debido a sus especiales condiciones geográficas.- El golpe era muy sencillo, puesto que se trataba de apoderarse del regimiento de guarnición y de la Policía.

Se encargaron de realizar estas operaciones algunos conjurados, a la misma hora que en esta ciudad estallaba el movimiento. La inquietud de los conjurados de Oruro crecía de punto, cuanto más tardaba en llegar el urgente anuncio del movimiento de La Paz. Los conspiradordes en número de cuarenta, entre los que figuraban distinguidos caballeros del mundo político,

juventud y clase artesana, se congregaron desde media noche en una humilde casucha, "Pampa Pozo", fuera del radio urbano de la ciudad. Allí esperaron febrilmente la primera noticia de La Paz. El encargado de trasmitirla personalmente tardaba y era visible el desaliento de la mayor parte de los conjurados que deseaban librarse cuanto antes de aquella suprema emoción del asalto.

El aviso no tenía trazas de llegar. Es entonces que algunos, impacientes de una noche tan nerviosa y agitada, resolvieron iniciar el pronunciamiento, capturando el cuartel del 7º de Infantería.

Protegidos por la penumbra del amanecer, se deslizaron junto al cuartel, y, convenientemente ayudados de un valiente oficial penetraron a la prevención del cuerpo de guardia, donde fué desarmado el centinela, no sin antes quedarse atónito ante aquella repentina irrupción de civiles armados. Inmediatamente los atacantes pasaron a la habitación donde dormía el comandante de guardia, quien fué despertado brúscamente y se encontró con seis pistolas que le apuntaban friamente. Una palabra rotunda y enérgica ordena: ¡Si Ud. se mueve o grita, es hombre muerto!

En las cuadras interiores sucede un espectáculo digno de ser recordado. Los conjurados penetran a la sección de ametralladoras y se apoderan de ellas. La tro-

pa despierta sorprendida, y, adivinando quizá la emoción de aquellos civiles que les hablan nerviosamente, se plega al movimiento. El cuartel íntegro está tomado sin una víctima, sin un solo disparo homicida. Todo lo que se hizo fué saludar con salvas nutridas de fusilería aquel amanecer del 12 de Julio.

La banda de músicos estaba pocos minutos después a la cabeza del regimiento formado en columna de marcha. Los bravos soldados de la república marchaban, ostentando un orgullo juvenil, cuando la Marsellesa tocada a plenos pulmones atronó Oruro. El gentío llevó en triunfo al regimiento; las ovaciones eran formidables y aquella inmensa ola humana penetró en la plaza 10 de Febrero, triunfante e irresistible. La sección de ametralladoras tenía como campo de tiro el palacio de la Prefectura y el local de la Policía. Toda resistencia era inútil. El completo éxito estaba asegurado. El pueblo todo se entregó a un júbilo indescriptible, como entre nosotros, y fué mayor su entusiasmo cuando se supo la forma fulminante y culta del movimiento de La Paz. Más que nunca estos dos pueblos, que rivalizan en el trabajo y en las demostraciones del patriotismo, se unieron fervorosamente, entregándose a la tarea de consolidar el pronunciamiento.

Potosí, el departamente de hombres li-

bres sacudió también el ominoso yugo, a la misma hora que los pronunciamientos de La Paz y Oruro anunciaron al país el advenimiento de la verdadera república. Allí como en las otras ciudades el golpe fué audáz y desconcertante. La habilidad de los que prepararon el golpe fué tan feliz y oportuna, que en la madrugada del lunes la plaza estaba rendida a la revolución.

Y Sucre. ¿Qué era de la ciudad dormida al sud de la república?

Las primeras noticias de Sucre no eran halagadoras. La ignorancia de lo que sucedía al norte hizo concebir al Prefecto del departamento que solo se trataba de un golpe local. Y hubo, curiosa circunstancia, personas del antiguo régimen que procuraron sostener la defensa. Solo se dieron cuenta de su inútil sacrificio, cuando los partes telegráficos mostraron la desnuda realidad. Después de dos horas de refriega entre la columna de Policía y los asaltantes civiles y soldados, la plaza fué entregada a los revolucionarios, 12 muertos y 20 heridos fué el precio que Sucre puso a la revuelta. Es por lo demás extraño que el montismo, podrido hasta no mas, haya sido sostenido en Sucre por las fuerzas de la policía.

¿Y Cochabamba? ¿Se sabía algo de la ciudad pintoresca y silenciosa?

La primera impresión de Cochabamba fué de estupór. La revolución era un gol-

pe tan rudo y exabrúpto, que todos se resistían a creer que triunfara, conociendo los medios del montismo y los intereses creados al rededor del caudillo que pasaba sus vacaciones en París. Tal era el concepto del Prefecto, que por primera providencia dispuso que todos los dirigentes del partido republicano fueran apresados en la Policía, lo cual se hizo sin que los detenidos se resistieran. Una vez presos los republicanos y organizada una patrulla de gendarmería para vigilar el órden, el Prefecto preguntó telegráficamente,sobre si el movimiento de La Paz había sido ahogado, pero cuál no sería su sorpresa al recibir contestación del Jefe Político doctor Bautista Saavedra,en la cual se ordenaba la entrega de la prefectura, por haber triunfado la revolución. Es posible que el Prefecto haya puesto los pies en polvorosa, sin acordarse de la plancha que sufrió él y sufrieron los republicanos inocentemente arrestados en la policía de Cochabamba, en el preciso instante que sus correligionarios pregonaban en las principales ciudades de la república el advenimiento del partido republicano al podér.

Tal fué la situación de Cochabamba. Lo demuestra el suelto que algún diario liberal hizo circular profusamente al siguiente día de la revolución, y en el cual se daba por fracasado el golpe. Semejante pieza informativa decía así:

"BOLETIN LIBERAL"

LA REVOLUCION HA QUEDADO AHOGADA

EL GOBIERNO LA REPRIME ENERGICAMENTE

La liliputiense junta revolucionaria de Oruro

Precio 5 centavos.

Por noticias que acabamos de recibir, se sabe que el movimiento promovido por el dinero peruano, en las ciudades de La Paz y Oruro, ha sido ahogado por el gobierno.

Las fuerzas de línea,fieles a la constitución y al órden, *han desalojado a los revoltosos de los puntos en que se habían atrincherado.*

Se dice que los cabecillas de la revolución han caído en manos de las autoridades, *las que en cumplimiento de su deber tomarán medidas enérgicas.*

La ridícula junta revolucionaria de Oruro, compuesta de una trinidad de liliputienses. Demetrio Canelas, Hernando Siles y N. Filippi, teniente del ejército que entró a falta de elementos prestigiosos, *a la fecha debe estar camino a la frontera.*

El país se ha salvado, debido a la energía del gobierno y al apoyo de la opinión, que condena que el Perú haya metido la mano en la política interna de la república, ocasionando enormes perjuicios a la industria y al porvenir del país, en plena época de desenvolvimiento.

Tipografía "La Tarde".

(De "El Republicano" de Cochabamba).



En cuanto al estado de aquél departamento, es interesante conocer el pensamiento del importante diario "El Republicano", que en su edición del 19 de julio decía:

¿Quién ha hecho la revolución?

Ha causado estupór en la cuerda de los intereses creados el notable acontecimiento que acaba de encumbrar al poder al gran partido republicano.

El montismo creyó asentar su eterno predominio en sus bien disciplinadas bayonetas y sus mejor combinados párrafos del presupuesto nacional: Pero, como lo dijimos siempre, y se ha demostrado ahora, cuando a un gobierno le faltan las bases de la legalidad y justicia, una moralidad estricta y sin distingos, no bastan para sostenerle todas las fuerzas materiales del mundo: Ahí está en Europa, el coloso germánico reducido a pedazos; ahí está, en Bolivia, el doctrinarismo ciego y amoral, convertido en cenizas. La justicia tarda, pero llega: Alzacia la esperó cuarenta y seis años y nosotros quince.

¿Cuáles son sus factores? ¿Quién ha hecho la revolución?

Múltiple es la respuesta:

Exigidla a las sombras de Guachalla, de Viscarra y de Pando....

Buscad entre los factores de los empréstitos leoninos de Speyer, Crédit Movilier y otros tantos....

En los monopolios injustificables, en las gavelas inícuas, en los derroches financieros, en los peculados sin cuento.

Recorred con la mente los recintos electorales, tintos en sangre, como La Paz, Oruro, Potosí, Sucre, Tarija, Sacaba, Punata, Achacachi y tanto pueblo mártir.

Rememorad los tormentos oficiales como el parado, el laque y el azote. Los es-

tupros consumados alevosamente en recintos policiarios; las estafas, las injusticias de los encargados de dar a cada uno lo que es suyo.

Valorad, por último, los ultrajes inferidos a la clase militar, y habréis comprendido que era ya el momento en que los bolivianos se juntasen para decir a un mismo tiempo en todos los pueblos de la república: ¡BASTA YA!

Glorifiquemos el 12 de julio, y *olvidando agravios y deponiendo rencores*, y dando la libertad a los mismos que nos la negaron, contribuyamos todos a hacer de Bolivia una patria grande por laboriosa y feliz, por justiciera.

¡Manes de la patria, Sucre, Camacho, Pando.... velad porque se realicen siempre las nobles aspiraciones republicanas.

(De "El Republicano" de Cochabamba)

VIII

El país entero saludó a la revolución emancipadora. La vela de las armas, con todas las inquietudes imaginables, se prolongó por muchos días y continúa aún en el momento que a la ligera escribimos estas líneas. La juventud universitaria se arma. Una simpática comisión visita al jefe político y le expresa su profunda simpatía al movimiento operado, ofreciéndose a defender el nuevo órden con las armas. El pueblo comprende su deber. Vigila, patrulla, realiza importantes averiguaciones y aclama a las tropas. Las calles y plazas ofrecen grupos de soldados y obreros que fraternizan sin descuidar su misión. Parece un cuadro de la Rusia de los Soviet transportando por arte de magia desde las melancólicas estepas rusas a las rígidas sábanas del altiplano. Y aquellos bizarros soldados grises, que montan las guardias de la ciudad, semejan las tropas de Alemania resguardando el órden público, antes que apoyando una revolución.

Algún atento observador, que se lanzó la mañana del lunes a presenciar cuadros de horror y de sangre, ha debido sonreír felíz al contemplar una revolución elegante, realizada con cultura y órden, que es el mejor galardón de nuestro ejército. En verdad, aquella disciplina consciente de las tropas contrastaba con las anteriores revoluciones. El ejército se mantuvo en su puesto de dignidad y fué la más firme columna de la justicia. Y hay que decirlo con orgullo a la opinión de América, ese ejército revolucionario, sufrido y fuerte, permaneció todo un día sin alimento alguno, presenciando pasivo el torbellino de la hora, sin dejarse arrastrar por la pasión, ni pensar siquiera en atentar contra la propiedad y el honor de las personas. Tal era el órden y la disciplina que, nunca como entonces, el pueblo conoció todo lo que vale un ejército que envuelto en la tormenta revolucionaria se mantiene impasible y estoíco. ¡Honor al ejército de la Democracia! Por sus manos pasó la suerte del país. Se mantuvo por encima de las mismas pasiones del momento y defendió dignamente el honor nacional.

Los miembros del cuerpo diplomático, que recorrían las calles de la ciudad, lo visitaron todo. Constataron el perfecto órden con que se operaba el movimiento y la justificación de las medidas adoptadas por el nuevo jefe político.

Algunos distinguidos diplomáticos han declarado con toda lealtad y franqueza y han expresado su deseo de que el país se mantenga en un terreno de cultura que le honra.

El pueblo no ha dejado de expresar su sorpresa por la naturaleza del golpe producido. Acostumbrado a presenciar revoluciones de sangre, que costaban al país miles de vidas útiles y años de retroceso, esos veteranos sonreían con cierto aire de malicia. Hemos visto a más de un revolucionario de los tiempos de Arce y Alonso, encogerse de hombros y bostezar, mientras las balas cruzaban sin herir a nadie. Y más de una parlera mujer del pueblo no atinaba a expresar que ella ignoraba que la revolución fuera cuestión de tres horas. Tres horas de infatigable trabajo y de organización acertada han bastado en verdad para derrumbar el raquítico edificio del montismo.

Apenas estalló el movimiento en la madrugada del lunes el jefe de los conjurados dispuso que tropas de línea custodien las casas de los principales dirigentes del liberalismo, a fin de apresarlos.

Los primeros en caer en manos de los revolucionarios fueron el señor Ismael Vásquez (el almorzador), quien, sin sufrir la menor sorpresa, preguntó lleno de interés al que lo prendía si el movimiento revolucionario producido era en su favor. Tan en su

favor era, que el comisionado le invitó a asilarse en la imprenta "La Verdad", donde fué detenido con centinelas de vista. Pocos minutos después el famoso vicepresidente, que espíaba días antes las convulsiones de don José Gutiérrez Guerra, era conducido al Panóptico, donde lo recibió muy cortés y amable el Gobernador señor Gustavo A. Navarro valiente redactor de "El Hombre Libre".

Momentos después fueron ilustres huéspedes del Gobernador los siguientes:

Ernesto Careaga Lanza, ex-ministro de gobierno del régimen. Se lo destinó a la escuela del Panóptico.

Nestor Pérez Velasco, ex-prefecto de La Paz, que fué destinado a la sección de mujeres.

Exequiel Romecín, ex-diputado y aspirante a la cartera de hacienda, destinado al Guanay.

Francisco Meave, propietario del White House Hotel, donde congregaba conciliábulos misteriosos, destinado a la sección de rematados.

Benjamín Hennings, juez del régimen, que por pura tontería se dejó conducir por el bellaco fiscal de marras, Luis Francisco Valle, destinado a la sección de rematados.

Rosendo Pinilla, director del protocolo y aspirante a la secretaría de la Legación en Buenos Aires, a la sección de rateros.

Carlos Hannart, covachuela liberal doctrinario, al pabellón correccional de menores.

Plácido Sánchez, ex ministro diplomático, destinado a la sección de rematados.

Tomás Lazarte, ex-abogado del régimen, destinado a la sección de mujeres.

Gregorio Salinas.

Honorato Taborga.

Pastor Sempértegui.

Daniel Bilbao, destinados a la sección de mujeres.

José Cerda (matón).

Elías Mantilla [el silbador].

Zenón Bustillos [policíal].

Juan Segarra [policial], al Guanay.

Algunos dirigentes que no sospechaban del golpe fueron sorprendidos en la mañana del lunes por las descargas de fusilería y preguntando por lo que ocurría y, bien provistos de docenas de calzoncillos huyeron en distintas direcciones, refugiándose en las legaciones extranjeras.

Los siguientes se refugiaron en las legaciones:

José Gutiérrez Guerra, caballero a quien nadie se ocupó de molestar, siendo como es persona inofensiva.

Carlos Gutiérrez, ex-ministro de relaciones exteriores.

Fermín Prudencio, ex-ministro de gue-

rra, que se creía la más firme columna de la política del montismo.

Cesar M. Ochávez, ex-ministro de fomento.

Julio Zamora, ex-ministro de hacienda, autor de proverbios en la cámara.

Hugo Montes, Guardia Blanca, filíado en las logias del Pacífico.

Humberto Muñoz Cornejo, lacayo periodístico, filíado en San Carlos.

Tomás Manuel Elío, desgraciado político, tránsfuga por 30 escudos.

Rafael Taborga, célebre concejal, que hizo declarar traidor al doctor Abdón S. Saavedra,con ayuda de algunos peines del Municipio.

Todas estas persecuciones se hicieron con la mayor corrección, demostrando a los esbirros del liberalismo que el nuevo régimen sabía obrar con misericordia para los caídos. Ellas no respondieron a este concepto de dignidad. Todos se mostraban abatidos, y casi siempre renegaban de sus convicciones liberales. Cuánta diferencia con aquellos sonríentes presos políticos de 1914 y 1917, que marcharon al destierro vivando a su partido y prometiéndose íntimamente volver al puesto de sacrificio. Los liberales que se mostraron indígnos en el podér bajaban de él con peor indignidad Tal es su relajación, que a la fecha ya no quedan liberales en la república.

Apenas iniciado el movimiento el gobierno provisorio se preocupó, como medida inmediata, de organizar la censura del telégrafo y correos, entregando esos servicios a personal de entera confianza. Fueron pues nombrados directores interinos y el personal de censura. Los bancos de crédito de la ciudad, convenientemente resguardados por fuerzas de línea, estaban al abrigo de ataques o sustracciones que podía ocurrir. La policía fué también organizada con un personal de confianza, y con ayuda de tropas de ejército que montaron la guardia.

Era digno de verse aquel animado ir y venir de gentes por las calles de la ciudad en las primeras horas de la mañana. Todo el mundo creía soñar alguna felíz pesadilla y procuraba enterarse personalmente, palpar los hechos. Nunca como entonces brotó el entusiasmo del pueblo. Con un cuadro que ostenta la patricia figura del general Pando la muchedumbre enardecida recorre las calles, vitoreando a los próceres de la revolución repúblicana. Las demostraciones de júbilo llegan de tal suerte a desperezar la tristeza del pueblo, que en todos los rostros se nota una grande satisfacción y personas que ni siquiera se conocen se estrechen en un fraternal apretón de brazos, felicitándose del triunfo.

Nuestra primera preocupación del lu-

nes, en cumplimiento de un sagrado deber periodístico, era visitar el Panóptico donde estaban ya desde las primeras horas de la mañana convenientemente instalados los presos políticos.

En la plaza España el gentío discurre alegremente y curiosea la puerta del edificio. Soldados y oficiales salen y entran. Civiles armados ejecutan de prisa importantes comisiones y los detenidos aumentan siempre.

El edificio cuadrilátero del Panóptico ofrece una inusitada actividad; por todos lados se encuentran centinelas y vigilantes. En el piso superior se encuentra el señor gobernador don Gustavo A. Navarro, grave y silencioso, descanzando de la faena de aquella madrugada inolvidable.

Nombrado en el momento de mayor peligro gobernador, cumple su deber inflexiblemente y ejecuta, con repugnancia, su papel de cancerbero de aquellos políticos.

Don Ismael Vásquez es un ocurrente caballero que vive hilvanando discursos. Su fuerte es la oratoria campanuda y castelariana. Alguien aseguró que en su prisión improvisaba discursos elegiacos, colocando al márgen de su situación política consuelos literarios. La primera ocupación de don Ismael fué almorzar. Gentíl y amable, invitó al gobernador a servirse una presita de gallina. Le daba un trato paternal y hasta

llegó a tutearle con familiar desparpajo, jurando y perjurando que él nunca sintió simpatía por el ex-presidente Gutiérrez Guerra.

La revolución los tomó desprevenidos. Careaga Lanza, el ministro de los desplantes e insultos en las cámaras, estaba con la cabeza baja, meditando en lo efímero del podér. Confesó que nada supo del golpe y que su sorpresa fué muy grande cuando en la madrugada del lunes saltó de la cama para ver por el balcón por qué el pueblo vociferaba tan libremente ....

Romecín vendado acompañaba a Vasquez, lamentándose de no haber cumplido su deseo de ir a la cartera de hacienda. Con más serenidad que los demás, Romecín se dió cuenta de su situación.

Navarro dicta órdenes enérgicas y rotundas. Los soldados y muchachos civiles armados obedecen con una disciplina admirable,

Mientras tanto el lunes 12 de Julio en la tarde se produjo la dimisión del presidente don José Gutiérrez Guerra, según el documento que sigue:

La dimisión del presidente José Gutiérrez Guerra

"Reunidos en el Palacio de Gobierno el día 12 de julio de mil novecientos veinte,con objeto de deliberar acerca del mandatario

de la Nación, Don José Gutiérrez Guerra, se resolvió acordar lo siguiente:

Que una comisión compuesta de diez oficiales del ejército nacional, se constituya en el domicilio privado de S. E el presidente, con objeto de llevar el pliego de dimisión de la Primera Magistratura de la Nación y ponerla en manos del señor José Gutiérrez Guerra; en efecto se hizo en fa forma acordada, en base del movimiento revolucionario producido en esta fecha.

Constituidos los oficiales del ejército nacional en el local de la Legación Americana, penetraron al salón donde se encontraba el presidente, e hicieron uso de la palabra el doctor Max Bustillos y el capitán Máximo Ovando, quienes entregaron el documento de dimisión en manos del señor Gutiérrez Guerra; éste. imponiéndose de su contenido especificó de su puño y letra lo siguiente:

"En vista del movimiento político producido, que ha alterado el órden constitucional de la República, formulo dimisión de Presidente de la Nación que me fué confiado por el pueblo.—-La Paz, Legación de Norte América, julio 12 de 1920. (firmado) *José Gutiérrez Guerra.*

Los oficiales que formaron la comisión encabezada por el Dr. Max Bustillos, son los siguientes:

Capitanes: Máximo Ovando y Alfonso

Crespo Díaz;Tenientes: Roberto Almendras Rocha, Delfín Arias, Simón Aguirre, Arturo Murillo; Subtenientes: José Rocabado, Humberto Arandia, Jorge M. Rodríguez y el teniente Hector Tejada.

La comisión, terminado su objeto, nuevamente se constituyó en el Palacio de Gobierno, con objeto de dar parte de este acto político de trascendencia al Jefe del movimiento revolucionario, doctor Bautista Saavedra, el cual ordenó que en público sea leído el pliego dimisionario, para conocimiento de la Nación.

Concluída la lectura mereció la franca aprobación del pueblo constituido frente al Palacio de Gobierno.

Es firmado en el Palacio de Gobierno, a horas cuatro menos un cuarto del día doce de julio de 1920".

Firma de los comisionados.

IX

Apenas estallado el movimiento revolucionario, todos los ciudadanos útiles del republicanismo se alistaron en las filas. Los radicales que tomaron desde un comienzo la revolución como una obra suya, ayudaron también y de manera activa a las diligencias más importantes. Basta decir que la delicada misión de la censura telegráfica, estuvo a cargo de un correligionario nuestro y que en la secretaría de palacio trabajaban tres radicales,con tanto entusiasmo como el mejor republicano. Y si se trata de la acción misma, hay que hacer resaltar que esa juventud estuvo muy bien representada por don Gustavo A. Navarro, y, que la revolución era conocida de otro radical que respondió al secreto, con igual celo cívico que los más dignos miembros del comité revolucionario.

Era de ver cómo aquella alegre muchachada, que luchó con tanto brillo en la prensa opositora desde 1913, colaboraba con la sonrisa en los labios en los graves

instantes de la revolución. En los comentarios de los pasillos de palacio, o en los corrillos de calles y plazas, oíase la fina ironía de los opositores convirtiendo en lances de risa los álgidos y emocionantes tragines del estallido revolucionario.

En los salones de palacio la palabra mordáz o el comentario jocoso hilvanan anécdotas muy divertidas y es fama que en ellas figuran personajes de bambalinas o inocentes partiquinos de la bullanga liberal-doctrinaria (q. e. p. d.)

Los muchachos requisan minuciosamente los salones y oficinas del palacio; es una carta de recomendación de la señora N.. un telegrama del caballero X., o un parte grave y huero del jefe de espíonaje. Los partes de aquella policía secreta organizada para protejer a un moribundo, los chismes escritos por la cuerda de bribones que hacían antesala en palacio, toda la cursilería de una medíocracia buscona y ambiciosa se retrataba en aquel inmundo papeléo de rufíanes políticos que giraron por tres años en torno a un presidente vencido por la embriaguéz de la orgía.

La noche del lunes se organizó una exploración a las habitaciones reservadas del palacio. Por el vetusto caserón remozado con afeites desfilan todos. El palacio quemado en vano pretende disimular sus grietas y desgarraduras. Ni los

retoques de yeso ni la mullida alfombra disfrazan la fría contextura de aquel caserón. En cada columna parece gravado un nombre maldito y en los obscuros vericuetos y pasadizos parece alzarse el espectro de los caudillos de ayer. En las habitaciones de la planta baja, que lindan con la catedral, parece oirse el impaciente píafar del caballo de Melgarejo, o que el grito de Morales resonará lúgubre en las empolvadas salas.

Las ámplias habitaciones ofrecen un singular desórden. En un rincón apartado del palacio se oculta la salita de juego. Las mesas están escuetas, Los tapetes vacíos. Barajas y naipes se arrastran por el piso y un Rey de copas sonríe cínicamente, como burlándose de nosotros. Aquellos dados muestran sus apretados puntitos negros y la ruleta se ensoñoréa con su flecha que señala rojo. En los asientos sólidos alguien se mueve nerviosamente. Sobre aquella mesa ovál caras cetrinas y patibularias se contraen en una mueca estúpida e idiota, mientras una mano afiebrada extiende el oro corruptor. El asfixiante vaho de aquel garito nos produce náuseas.

Por las escuetas habitaciones parece que el tiempo hubiese dejado viejos recuerdos. Los muebles se quejan de abando-

no. Los espejos dicen haber visto bacanales estupendas y el lecho ámplio diseña en el edredón huellas recientes de alguna felina y distinguida huésped. ¡Basta lector!, cerremos los ojos ante ese desolado cuadro ibseniano. No escuchemos las tentaciones de ese trágico silencio que ronda en palacio como un Hamlet encarcelado por los muros de la imbecilidad fastuosa y dorada.

Pablito, el popular reporter, cuyos ayunos en la oposición fueron muy frecuentes, sentía la obsesión de aquellos cuadros morbosos. Paseó soberbiamente sobre las mullidas alfombras, miróse en los espejos, sentó su persona en los cómodos sillones y tuvo la ocurrencia de quedarse a dormir en aquel gabinete. Vencido por el muelle reposo quedóse dormido en el lecho presidencial. Soñó que la revolución lo aclamaba presidente y que disponía de los millones del presupuesto. Tal fué la impresión de su sueño que al despertar del siguiente día tocó el timbre del edecán de servicio, cual si se dispusiera a impartir alguna órden muy importante.

Todos inquirían en los días álgidos algunas anécdotas sobre la revolución.

Alguien contó que la captura del exprefecto Velasco fué emocionante. Que Ezequiel Romecín sufrió algunos puntapiés

de la muchedumbre, que el señor Vázquez pidió le permitieran almorzar temprano y que Zamora libaba con Gutiérrez Guerra por el magnífico éxito de la revolución, entre sendos tragos de wisky.

Transcurre aquella madrugada del martes como una agradable pesadilla. Ya es un ruído en la plaza Murillo, o algunos bultos sospechosos que la calenturienta imaginación de los vigilantes encuentra por el lado del Club de La Paz.

No hay rincón de palacio que no sea visitado. Lienzos, muebles desvencijados, caricaturas, cartas, solicitudes de empleo, dibujos, etc., en informe montón se dispersa en las escuetas y sombrías habitaciones de la casa de gobierno,

Solo falta ver el comedor. Ya los comentarios se anticipan imaginándolo suntuoso y bien provisto. La incursión en verdad es felíz. El comedor ofrece confort. La cantina provista con largueza sugiere meditaciones crueles.

La cena presidida por don Luis A. Uría, furente republicano y glosada por los chistes de almanaque de Pablito sin almorzar, es de aquellas que jamás olvidarán estos dos interesantes huéspedes de palacio. Uría cómodamente arrellenado en un si-

llón sibarita, contempla las vólutas de su cigarrillo, pensando en las veleidades de la fortuna que bajaron al pícaro de Zamora de aquellas alturas (era el tercer piso), encumbrándolo a el que nunca había soñado escalar tan pronto y de porrazo el podér.

Aquel amanecer de palacio fué más tranquilo. La cena predispone al optimismo. La inquietud desaparece a medida que se vacían las botellas.

Nadie teme ya que se produzcan ataques sorpresivos, ni reacciones. El nuevo día trae el consuelo después de la dolorosa penumbra de la noche encubridora de tantos secretos. Cara al sol los revolucionarios no temen emboscadas ni sorpresas. Por los compartimentos de palacio algunos guardias civiles se han tendido a dormir breves instantes, sin apartarse del fusil ni la cartuchera.

Vuelve la inusitada actividad del día y poco a poco a los fantasmas de la sombra sustituyen las voces lacónicas, los rumores de la plaza y el tac tac de fusiles lejanos disparados por pernoctadores ocurrentes.

La ciudad ofrece todavía su aspecto de campamento militar. Los destacamentos de guardia permanecen en sus puestos. Las patrullas siguen recorriendo las calles y os civiles ejecután comisiones activísimas.

Pero hay una nota simpática que dice bien del entusiasmo cívico de nuestra población. Gallardetes y banderas se destacan en los balcones de los edificios públicos y particulares. La enseña nacional flamea libremente y de los corazones patriotas surge un grito de júbilo.

X

Asegurado el éxito militar era necesario preocuparse de organizar los servicios más urgentes de la administración y de los distintos servicios públicos cuya situación era anómala al frente de la revolución.

El doctor Bautista Saavedra, nombrado jefe político de la nación, asumió pues su delicada misión con entereza, dándose cabál cuenta de su responsabilidad. Infatigable y enérgico, era de verle trabajar activamente, preocupado de consolidar el movimiento, a la vez que dictaba las disposiciones más urgentes para impulsar de nuevo el pesado mecanismo de la máquina del Estado, paralizado breves horas por el golpe.

Era conveniente definir la situación del ejército y empeñar su honor en servicio de la causa. Redactado un pliego los jefes y oficiales firmaron, comprometiéndose a apoyar el movimiento. Luego era urgente dictar una órden general que reorganice el

ejército y normalice las funciones del comando. A este efecto se dictó la primera órden general con los siguientes destinos militares:

Orden general

El Jefe Político, de acuerdo con el Comité de los señores Jefes y Oficiales del Ejército, dicta la siguiente:

ORDEN GENERAL;—

El Coronel Carlos Blanco Galindo es destinado al Estado Mayor General, en calidad de Jefe de esa repartición con carácter accidental.

Los Sres. Generales Pastor Baldivieso y Adalid Tejada, continuarán en sus cargos.

Son destinados como director accidental del Colegio Militar, el Capitán Filiberto R. Ossorio. Como director accidental de la Escuela de Clases el Capitán Salvador Gutiérrez. A la Escuela, de Guerra como director accidental el Coronel Oscar Mariaca Pando Al Regimiento Colorados como jefe accidental el Capitán Francisco Peña. Al Regimiento Campero como comandante accidental del primer batallón el Capitán Demetrio Ramos. Del segundo batallón del

mismo regimiento y con el mismo carácter el Capitán Máximo Ovando. Como comandante accidental del regimiento Camacho 1º de Artillería el Mayor Victor H. Merino. Al regimiento Bolívar 2º de Artillería como jefe accidental el Capitán Julio C. Miranda. En el regimiento Abaroa, continuará el Teniente Coronel Julio C. Sanjinés.

La compañía de Zapadores se incorporará al regimiento Camacho, con su respectivo comandante, Capitán Brito.

Son destinados como ayudantes del Jefe de Estado Mayor General el Capitán Zacarías Murillo y el Sub-teniente Oscar Moscoso.

Los Jefes y Oficiales francos existentes en esta plaza, se pondrán a órdenes del señor Coronel Jefe de Estado Mayor General.

A la Intendencia de Guerra son destinados los tenientes coroneles Luciano Fernández y Miguel Alaiza, como jefes accidentales. Al Arsenal de Guerra, accidentalmente, como jefes de resguardo los capitanes Humberto Eguino y Blas Tejada.

Al Cuerpo de Edecanes los Tenientes Coroneles Gonzalo Jáuregui, Genaro Saenz Rivero y Darío Barriga.

Mientras dure el estado actual y con carácter transitorio, créase el batallón denominado General Pando, compuesto de la planta civil actualmente acuartelada, y se

destina como Comandante accidental de este cuerpo al Teniente Coronel Andrés Valle.

Todos los Oficiales subalternos no comprendidos en la siguiente órden, quedan en sus respectivas colocaciones.

Circúlese y publíquese.

La Paz, 13 de julio de 1920".

(firmado) *B. Saavedra*

El servicio de justicia habíase paralizado a la espera de que el nuevo estado político disponga alguna medida. Urgía restablecer ese servicio tan indispensable para la tranquilidad del país. El Jefe Político dictó ese mismo día el decreto que normaliza la institución judicial.

Se dirigió un extenso telegrama al presidente de la Exma. Corte Suprema de Justicia, manifestándole el nuevo cambio político producido y expresándo la voluntad del nuevo Estado en sentido de que la administración de Justicia continúe en sus delicadas funciones, colaborando así a la reorganización del país.

El servicio de Policía quedó también encomendado a ciudadanos expertos que iniciaron un nuevo periodo de tranquilidad y equidad.

En la tarde del día miércoles el Jefe Político doctor Bautista Saavedra dictó un decreto que fué publicado por bando.

El bizarro batallón Colorados, al mando del Capitán Peña, recorrió la ciudad al son de marchas triunfales, publicando el bando que constituye la Junta de Gobierno y expresa la próxima convocatoria a la Convención Nacional.

El decreto publicado profusamente en sueltos y en los diarios "La Verdad" y "El Hombre Libre", dice:

"El jefe Superior Político

Considerando:

Que el nuevo estado político ha quedado afianzado con la patriótica colaboración del Ejército Nacional, que contribuye decididamente a mantener el órden público y las garantías sociales.

Decreto:

1º,—Queda constituida una Junta de Gobierno provisoria, compuesta de los señores José Ma. Escalier, Bautista Saavedra y José Ml. Ramírez.

2º.—La Junta de Gobierno convocará próximamente a una Convención Nacional que elegida por el sufragio libre del pueblo boliviano designe al Presidente de la República, reforme la Constitución Política del

Estado y dicte las leyes más favorables para la nueva organización del país.

3°.—Todos los empleados subalternos de la administración pública continuarán en sus puestos, mientras las necesidades del servicio lo requieran, debiendo concurrir a sus puestos desde el día de mañana.

La Paz, 13 de Julio de 1920".

(firmado)

B. Saavedra

Luego, el Coronel Carlos Blanco Galindo Jefe del Estado Mayor General, dirigió al ejército una brillante proclama que en nuestro concepto condensa el pensamiento de la selecta oficialidad. Este documento que ha de inscribirse en la historia, como el título que justifica la conducta del ejército, produjo en la opinión pública excelente impresión:

Manifiesto

A los señores Generales, Jefes y Oficiales del Ejército Nacional

Al asumir la Jefatura del Estado Mayor General, creo de mi deber dejar constancia, ante la Nación y mis camaradas del Ejército, de las razones que me guían y los

propósitos a que responde mi presencia en esta alta situación militar, impuesta por los mismos camaradas y admitida de mi parte con patriótica abnegación.

En el estado actual de los acontecimientos producidos, el deber primordial del Ejército es mantener el órden público y asegurar garantías eficaces para todos los ciudadanos. Libres de prejuicios partidistas, no tenemos otra misión que tranquilizar a los vecindarios, buscando el pronto imperio de las leyes para que la Nación pueda reorganizarse sin pérdida de tiempo.

En estos sanos propósitos, que, estoy seguro, animan a todo el Ejército, porque hay perfecta cohesión y unión en su seno, tengo plena confíanza de contar con la patriótica y abnegada colaboración de todos.

La Nación tiene puesta su mirada en el Ejército. Es preciso que el Ejército responda a esa confíanza, conservando el órden y haciendo efectivas las garantías para las personas y sus bienes.

Ninguna ambición personal me guía El cargo que asumo no solo es delicado sino superior a mis propios merecimientos, y más digno de respetables jefes de alta graduación que de la mía; pero se ha invocado el deber sagrado de contribuir al bien de la patria y estimo que mi conciencia de soldado me obliga a no escusar mi concurso cuando se trata de la tranquilidad del país

Inspirado en estos sanos propósitos, doy a mis funciones el sentido que reclaman las exigencias del momento. Las medidas que se adopten son circunstanciales y en modo alguno definitivas. Serán modificadas en cuanto terminen las necesidades que las han creado.

Entre tanto, quede también constancia de que el camarada a quien se ha impuesto a pesar de sus aptitudes esta delicada misión, resignará su cargo tan pronto que terminen las presentes circunstancias,

Cuartel General. – La Paz, 14 de julio de 1920.

El Coronel Jefe de Estado Mayor General.

(firmado) *Carlos Blanco Galindo.*

Los primeros actos del gobierno eran del todo unánimes con el sentimiento público. El jueves, una comitiva compuesta del Jefe Político doctor Bautista Saavedra, del Teniente Coronel Juan J. Fernández, del Jefe del Estado Mayor General Coronel Carlos Blanco Galindo, de los señores Generales Adalid Tejada Fariñas, Pastor Baldivieso, Rosendo R. Rojas y de varios

jefes y oficiales francos de la guarnición, hizo una visita a los cuarteles y reparticiones militares.

El Jefe Político, en frase clara y sencilla, se dirigió a los conscriptos manifestándoles el profundo agradecimiento nacional por el desinteresado y patriótico apoyo que prestaron a la revolución; reiteró su profunda gratitud por este sacrificio y prometió en nombre del gobierno que inaugura sus labores preocuparse de servir al ejército hasta reorganizarlo, y, cumplir fielmente la Constitución del Estado y las leyes que son la base de la vida del país. Hizo también reconocer al Teniente Coronel Juan J. Fernández como al Jefe Supremo Militar del ejército, manifestando que en ese su alto carácter sería incorporado a la Junta de Gobierno.

La proclama al Ejército publicada profusamente, está concebida en términos muy apropiados. Causó pues la mejor acogida en la opinión pública y tuvo la eficacia de dejar constancia en documento escrito, del homenaje que la nación hace al brillante comportamiento de los señores oficiales y tropa en la cruzada restauradora.

El lector verá en la proclama un espíritu de rectitud y reconocimiento que han debido conmover a los conscriptos.

Baustista Saavedra,

Miembro de la Junta de Gobierno, al

Ejército nacional:

La Junta de Gobierno apreciando en su justo valor moral y cívico, la brillante actuación del Ejército Nacional que fiel a su lema:—PATRIA, HONOR, JUSTICIA y PROBIDAD, ha secundado la firmeza y voluntad del pueblo boliviano, en su patriótico y unánime deseo de renovar los elementos dirigentes del Estado, tributa un voto de aplauso, gratitud y confianza nacional, dejando aquí constancia de que los señores Generales, Jefes Oficiales y tropa, merecen honor y bien de la Patria, y que la nueva era de paz, concordia y felicidad que le esperan, está basada en el amor que le profesa la institución militar, sostén y orgullo de ella.

Señores Generales, Jefes, Oficiales y tropa, habéis cumplido abnegadamente con vuestro deber. La Junta de Gobierno os compromete y empeña su palabra, que sus actos políticos y gubernativos estarán de perfecto acuerdo con los intereses generales de la Nación, cuya guarda y dirección nos ha sido confiada.

Conscriptos: — Vosotros que habéis contribuído por mandato de la ley a formar

parte del brillante Ejército Nacional, constituyendo en base y núcleo, desprendido de vuestros hogares para contribuír a resguardar la legalidad de las instituciones, merecéis también una palabra de cálida felicitación y de aliento para seguir sumando vuestro concurso patriótico al nuevo Gobierno, en homenaje al juramento que habéis prestado a vuestra bandera y escudo, para servirlos con denuedo y abnegación.

La Paz, a 14 de julio de 1920."

(firmado) *B. Saavedra.*

La opinión pública se orienta en esos días por el pensamiento de la prensa.

El diario radical "El Hombre Libre" expresó, por su parte, algunos conceptos muy oportunos, acerca de los alcances del movimiento.

Su edición del miércoles abarcando la situación decía:

Aclarando conceptos perjudiciales para el pais

"Algunos órganos de prensa de Chile, comentando el último movimiento político operado en nuestro país, sugieren un cargo

que estamos en el deber de levantar de inmediato, tratándose como se trata del prestigio de la patria.

Con marcada insidia se quiere presentarnos ante el concepto extranjero como a un país influenciado por la política peruana y hasta se avanza a sostener la temeridad de que la revolución ha sido fomentada por el Perú.

A esos periodistas debemos expresarles que los ciudadanos de Bolivia han mantenido a través de las viscisitudes históricas limpio y honorable el prestigio de la nación, sin haber merecido reproche tal conducta solo inspirada en un profundo cariño a la rectitud de nuestra vida anterior. No es posible suponer que esa honorable tradición quede abandonada por el efímero éxito político que es secundario cuando de intereses nacionales se trata.

La revolución del 12 de Julio no tiene más alcances que una justa reacción a los regímenes de violencia impuestos por un partido suplantado en su desenvolvimiento y en su doctrina y tiene atingencia solamente con el órden interno distinto de las relaciones exteriores.

Ningún boliviano consciente de sus deberes políticos ha permitido ni permitirá que elementos extraños quieran inmiscuirse en sus cuestiones domésticas. Cualquier interpretación que quisiera darse al movi-

miento político últimamente operado carece de fundamento y de equidad y quienes se afanan por mostrarnos capaces de semejante indignidad no saben respetar la tradición boliviana que nunca pidió apoyo ajeno para cambiar sus sistemas políticos, porque le sobra patriotismo y energía para cortar de raíz, como lo ha hecho, el abuso de un podér arbitrario confiado a políticos ambiciosos.

Jamás podríamos imaginar que los ciudadanos de la república vecina necesiten de intervención extraña para arreglar sus cuestiones de política interna, porque de hacerlo ofenderíamos la dignidad del pueblo· Por eso mismo, pedimos que se tenga mayor miramiento y consideración a la probidad política del partido revolucionario y al patriotismo de todos los bolivianos".

XI

El jueves de la primera semana de la revolución se notaba inusitado movimiento en la ciudad. Se supo que los presos políticos de mayor volúmen iban a ser deportados por la vía de Arica.

La autoridad política ordenó que un escuadrón del Regimiento Abaroa conduzca a los deportados hasta la estación, evitando que la indignación popular infiera ofensas o ultrajes a sus personas.

Los refugiados en las distintas Legacionez salieron pues custodiados por tropas de línea. El desfile de los autos duró mucho rato. Una inmensa concurrencia apiñada en las calles del trayecto espectó silenciosa el paso de aquellos hombres que durante tantos años tuvieron en sus manos la política del país, hoy sometidos pasivamente a la situación, vencidos de la vida que sucumbieron sin darse cuenta de su caída.

Más de un político que presenciaba el imponente desfile se quejó de las veleidades

de la fortuna y dijo para sus adentros que el cuadro era desgarrador, aun para los espíritus fuertes. Era en verdad una lección muy elocuente de todo lo que significa el orgullo y la gloria. La ceniza de la gloria cubría aquella dorada comitiva vencida por el destino.

Los hombres del funesto régimen pasaron silenciosos y con la vista baja. Escucharon el sordo rumor de indignación y vieron alzarse sobre su cabeza la fiera popular en actitud airada y vengadora, pero la magnanimidad del nuevo gobierno ordenó que se respete a los presos políticos para demostrar que la revolución no toma represalías ni ejerce venganzas odiosas.

Y salieron los deportados mostrando la huella del insomnio en sus rostros, confundidos de pesadumbre y de temor, expuestos al pueblo en toda su caída, cuando ayer no más paseaban orgullosos y despreciativos con la arrogancia plebeya de los políticos encumbrados al podér por complicidad o servilismo.

Fuera de los presos políticos fueron deportados los siguientes: Casto Rojas, Rafael Taborga, Nestor Cueto Vidaurre, Benedicto Goytia, Juan Muñoz Reyes, Plácido Sanchez, Juan Granier Chirveches, Alberto Granier Prohías, Jacinto Reque Terán, L. Francisco Valle.

A la Argentina: José Santos Quinteros,

Claudio Sanjinés T., Guillermo Urquidi, Jorge Nuñez del Prado, Victor de la Peña.

Con pasaportes: Luis Santiváñez, José María Suárez.

A Antofagasta: Emilio Zalles.

Con pasaportes: Raul Pacheco Morales, Juan Pinilla.

De Oruro fueron deportados por la vía de Antofagasta, los señores Arturo Loayza, Atiliano Aparicio, José Antezana, Guillermo Añéz, ex-ministro de instrucción pública.

Las deportaciones se han hecho como una medida de precaución, pues no faltan ciertos elementos del régimen caido que al amparo de una tolerancia, en cierto sentido culpable, se permiten todavía alimentar propósitos contrarios a la nueva situación en privado, cuando públicamente se han adherido a la revolución con la protesta de ayudarla y servirla.

Tampoco faltan jovenzuelos que hacían gala de su incultura en el pasado régimen, que han optado por el cómodo medio de plegarse a la nueva causa, pero el pueblo tiene tal instinto y conoce también a dichos mistificadores que pide su retiro, cosa que es muy legítima tratándose de la dignidad personal.

Hace falta mayor severidad de parte del gobierno. Cuando el liberalismo gobernaba el país, no se tenían semejantes contemporizaciones ni debilidades.

Recuérdese que los ciudadanos de la oposición eran tratados como cosas y que de los más altos funcionarios a los más bajos esbirros se tenía la convicción de aplastar por medios de terror y de violencia a los opositores.

XII

El país estaba tan totalmente desorganizado, que los más urgentes servicios de la administración eran descuidados. Los mimisterios eran simples agencias políticas donde un numeroso personal de empleados adscritos gozaba de las rentas fiscales sin trabajar. La enfermedad del señor Gutiérrez Guerra alentaba ambiciones muy marcadas.

Tan desprestigiado estuvo el régimen que la descomposición se presentó inevitable desde la interpelación del grupo de patiñistas del Senado al señor Ismael Vazques, y porteriormente al Gabinete.

Don Ismael Vazques apenas supo la enfermedad del mandatario creyó conveniente hacerse presente en la sede del gobierno y se trasladó de Cochabamba. Aquí desempeñaba su papel de cuervo político huroneando por palacio para enterarse de la salud de Gutiérrez Guerra.

Las ambiciones del grupo patiñista

eran también desmedidas. Disputado el triunfo de la candidatura presidencial se dividió el campo liberal en dos corrientes antagónicas e inconciliables: patiñistas y loaicistas.

Está averiguado, por documentos encontrados y revelaciones producidas, que el grupo liberal patiñista tramaba desde mucho antes un golpe revolucionario, con el secreto designio de preparar a su antojo la elección presidecial de don Arturo Loayza. Por su parte el tejadismo, que era gemelo y cómplice del mermado vazquismo, fraguaba otro golpe revolucionario, para derrocar al gobierno del señor Gutiérrez Guerra. El solo hecho de que durante ese gobierno se hayan preparado tres movimientos distintos, acusa la completa relajación del partido liberal, pues dos fracciones tramaban por su cuenta un golpe de estado que hubiera sido de funestas consecuencias. Si la revolución republicana ha surgido, es por el decidido apoyo del ejército movido por la opinión y porque fué revolución popular apoyada por todo el país y vista con profunda simpatía por todos los ciudadanos de la república. He ahí el secreto de su éxito. A surgir los golpes fraguados por el patiñismo o loaycismo y el tejadismo o vazquismo, el país estaría a estas horas sumido en la relajación institucional más espantosa.

Pero la revolución debía decidirse en

La Paz. Aquí el trabajo se dificultaba enormemente. El número de probabilidades era escaso, dado el número de cuerpos de plaza, de las guarniciones de Guaqui y Viacha y del arsenal, intendencia de guerra, colegio militar,etc, puntos que debían caer en poder de los revolucionarios; por ser además la sede del gobierno.

El trabajo revolucionario estaba entregado a hombres expertos y enérgicos. Ellos son principalmente el doctor Bautista Saavedra, Jefe Político y el Teniente Coronel Juan J. Fernández, Jefe Militar de la revolución.

El doctor Bautista Saavedra es el hombre de acero que no retrocede ante ningún contratiempo, el político que recibe los golpes del poder sin inmutarse, pero con la seguridad de seguír adelante por el camino trazado. Su perseverancia es una sorprendente cualidad política.

Candidato a diputado y derrotado por el pueblo de La Paz, no ceja en su empeño; Ministro de instrucción resiste una interpelación que no le hace perder la serenidad; jefe del partido republicano del departamento de La Paz es el blanco de los odios del gobierno y hasta de los humildes rastreadores del presupuesto, pero Saavedra permanece en su puesto de lucha y sacrificio. Concurre como candidato a senador y es nuevamente derrotado por el régimen. Le-

jos de desfallecer cobra mayores bríos para seguir en la arena. Desterrado, en 1914 por Montes y en 1917 por Gutiérrez Guerra, no se desalienta, vuelve del destierro con mayor energía para encarar de nuevo una lucha desigual.

A él son dirigidos los ataques de la prensa oficial y gacetilleros estipendiados le insultan grosera y soézmente, pero Saavedra no se inmuta. Matones ébrios y esbirros del espíonaje secreto le provocan o tratan de tenderle una celada, pero él sigue fiel y adicto a la causa republicana, sin claudicar un momento. Su labor se multiplica entre el pueblo y la cámara, a la que lleva el genuino mandato eleccionario. Un gabinete idíota ordena la destrucción de la imprenta de "La Razón" y Saavedra corre peligro de ser ultrajado por una turba ébria reclutada con los dineros de la policía.

Sus enemigos juramentados le decretan un odio a muerte; le denigran presentándole como a un hombre perverso y vengativo, capáz de las mayores infamias. La tormenta de la medíocracia acumula bilis sobre el nombre de Bautista Saavedra porque en su ceguera comprende que es la columna de granito del republicanismo. Injurias, libelos, calumniosas imputaciones, rencores mezquinos y cuadrillazos fracasados, todo se inventa para mortificar al jefe del movimiento revolucionario. Y en el colmo del

odio de los de arriba el jefe de policía y otros dirigentes de la alta política liberal piensan sin remordimiento en someterlo a los tribunales militares y cortar por medios de terror la formidable avalancha del partido republicano.

Tal es el hombre de la revolución, visto a través de su pasado político. El mayor mérito de este hombre estriba en su fría perseverancia ante la adversidad, en su resignación para sobrellevar los ultrajes y destierros, con serena dignidad.

Este político que tanto ha luchado por los derechos populares es el llamado a ser el eje y cabeza de la revolución. Ahora que su paciente trabajo de seis meses ha dado tan espléndidos frutos, es bueno recordar que en su labor política ha sido socundado por meritísimos ciudadanos republicanos y radicales, Renato Riverín, José Espada Aguirre. Gustavo Navarro, Zenón Saavedra en La Paz, Demetrio Canelas, Hernando Siles, etc., en Oruro. Su actuación durante los primeros momentos de la revolución le ha relevado al doctor Saavedra como a un político conciliador e inteligente, a la vez que como a una energía indomable. Ha mostrado magnanimidad y rectitud. Y ello basta para desmentir a sus detractores, que no han sabido mirar a fondo en el caudillo revolucionario.

Bautista Saavedra era en concepto de

los del anterior régimen un hombre peligroso, lleno de pasiones y rencores; la revolución ha demostrado que no. Sus adversarios lo creían incapáz de gobernar y ha gobernado con singular acierto, en los más difíciles momentos de crisis, suavizando asperezas, allanando resentimientos y suspicacias y haciéndose cargo, él solo, de todo el peso de una labor complicadísima, capáz de fatigar al hombre más fuerte. Este prócer republicano, alma y nervio de la revolución en la república, ha jugado su carta definitiva en la madrugada del 12 de Julio y el pueblo le ha aclamado con justicia como al político que merece bien del país, si llegan a cumplirse los honestos propósitos del republicanismo.

Hay otra figura que se destaca en los cuadros de la revolución con gran relieve: es la del simpático Teniente Coronel Juan J. Fernández.

Juan J., como le llama cariñosamente el público, pertenece a una nueva generación de oficiales de nuestro ejército, para quienes la carrera es el fruto del estudio y de la competencia. Enfrentato fatalmente a la camarilla de altos jefes y oficiales, que entendía el cargo de oficial de ejército como un favor o una merced del gobierno, tuvo que luchar siempre contra la cerrada barrera que oponían los conservadores del an-

tíguo sistema de acatamiento incondicional al caudillo.

Su conducta en el ejército se ajusta esencialmente a una dedicación a los problemas militares y a la defensa del país. Tan acendrado afán de estudiar y trabajar por el engrandecimiento del ejército debían desarrollar en él un patriotismo celoso de los prestigios nacionales dentro y fuera del país. Como militar inteligente comprendió que el país marchaba apartándose cada vez más del camino recto, y han podido influír en su espíritu las desgracias nacionales hasta convencerle de que solo la revolución pondría término a la secuela de violéncias y errores del montismo. Se mantuvo por encima de las competiciones de la política. Escudado en su inmenso patriotismo solo vió horizontes de infamia para el pabellón nacional. Puesto al servicio de la patria, por expresión de la voluntad democrática, recordó que había jurado fidelidad a la bandera por su honor de militar y que esa espada le había sido entregada para defenderla, no solo en los campos de batalla en guerra extranjera, sino también para defender la Constitución y las leyes de la república,

Es preciso que la opinión se dé cuenta del estado de completa relajación en que se encontraba el ejército nacional. Envilecido por generales políticos, como Prudencio, el

ejército debía convertirse a la larga en una gendarmería galoneada, que, al igual de las policías, no tuviera otra misión que la de secundar la obra de las agencias electorales o sancionar con su autoridad el fraude gobernante.

El Teniente Coronel Juan J. Fernández es el exponente de esa nueva generación de oficialidad, que estudia los problemas de la defensa y ansía el engradecimiento de la patria, mediante el cumplimiento de la voluntad nacional. Tal es el concepto que su actitud y la de numerosos oficiales nos merece. En cierto momento ellos han comprendido que su deber era cortar el peligro interno, de tal suerte que la institución armada se entregue de lleno a la preparación y estudio de la defensa nacional. El régimen liberal decretó en sus desiciones privadas, que debía eliminarse del ejército a ese elemento estudioso formado de juventud patriota, para posponerlo con otra camarilla militar que no tuviese más mérito que su servilismo a la política electoral. El ejército ha conquistado su verdadero puesto en la Democracia y su gesto del 12 de Julio, antes que denigrante y deshonroso, es la emancipación de una tutela política que gravitaba sobre aquél con todas las funestas consecuencias para la seguridad del país.

Militares jóvenes de grandes ideales y de nueva escuela, no vacilaron también en

prestar su concurso a la causa revolucionaria, pensando con sinceridad y hombría que la patria se hallaba desorganizada y que caminaba al abismo.

La patria tiene que agradecer para siempre, los servicios de este grupo brillante, que lleno de energías y de civismo, no vaciló en poner su espada al servicio de la causa nacional.

El Mayor Merino, militar romancesco y de grandes dotes, está acompañado del simpático y valiente Capitán Francisco Peña, alma del movimiento militar en La Paz. Peña que estudió en Saint Cir, juntamente con el Capitán Ferrufino, otro de los ases de la revolución, vió con gran sentimiento, que el ejército se desorganizaba cada día más, que una camarilla militar disponía de todos los destinos a su antojo sin tener en cuenta los méritos personales, y, en cambio alejaba a todos los militares de honor. Estos militares, Peña y Ferrufino, sufrieron las injusticias del gobierno y guardaron en su corazón el sentimiento herido para el día de la reparación.

A lado de estos bravos oficiales son dignos de mención especial, los capitanes Ramos, Gutierrez, Ovando, Miranda, Osorio, Galleguillos, Filippi, Eguino, el coronel Valle; los tenientes David Toro, Urriolagoitia, Saenz, Salinas, Blanco. Eguigorri, capitanes Murillo, Ameller, Carmona, Patiño,

Ibáñez y muchos otros, que con gran patriotismo comprendieron su deber.

Pero si estos fueron los primeros en estar al lado del pueblo y de las ansias republicanas, es preciso dejar constancia que todos los oficiales del ejército, apoyaron y apoyan el movimiento revolucionario. Y no puede ser de otro modo. La nación íntegra ha participado en esta revolución. Ha sido la voluntad del pueblo, renovar sus hombres y destruír un régimen caduco que apenas podía tenerse de pie por las apariencias y las mentiras oficiales.

La historia ha de recoger los nombres de los oficiales que organizaron y ejecutaron el movimiento revolucionario, así como de los que prefirieron plegarse a un movimiento de opinión.

Mucho espera el país del nuevo estado de cosas. Es muy difícil hacer la revolución, es decir el hecho mismo, pero es más difícil todavía consolidarla y organizar la administración pública en condiciones que respondan a las espectativas del país. La tarea del nuevo gobierno es árdua y delicada, por lo mismo que contráe una grave responsabilidad con el país. Ella deberá orientarse hacia la verificación de los tópicos sustentados desde la oposición al montismo y tomar un camino distinto. Tendrá que reparar los errores del liberalismo y trabajar la reconstrucción del país. El partido republicano,

que ha luchado tantos y tan intensos años por modificar la funesta política gobernante del gendarme asociado al montismo, debe marcar con una reforma trascendental su advenimiento al podér. Que una barrera de dignidad y de justicia separe al nuevo Estado de los sombríos regímenes de opreción y barbarie.

En ocasión reciente el doctor Daniel Salamanca dijo en un discurso, que en el porvenir será el documento histórico de compromiso con la nación, que su partido prometía solamente libertad de sufragio y neutralidad gubernativa. Que el pueblo tenga su capacidad y libertad para elegir a sus representantes, que el sufragio sea una institución séria y digna de una democracia sincera. Realmente, este solo punto bastaría para cubrir de gloria al partido republicano.

Por lo que corresponde al partido radical, sus elementos están de pie y no han renunciado a su autonomía. Esperan que el nuevo gobierno consulte el interés de la nación y lleve al sagrado recinto de la Convención Nacional la palabra honrada y patriótica de ese partido que con el republicano ha compartido las persecuciones y el sacrificio. Y decimos que el Radical espera esa rectitud del nuevo gobierno republicano, porque debe saberlo la Nación, que el golpe revolucionario del 12 de Julio es el lógico re-

sultado de una opinión forjada por la prensa libre del país. Y èn esa prensa el radicalismo boliviano ha levantado dos símbolos de audacia y rectitud "El Fígaro" y "El Hombre Libre".

Una opinión mantenida con vigor durante los luctuosos periodos del montismo ha levantado el alma popular. Desde el peculado gobernante hasta el crímen inpune, ha sido analizado por nuestra prensa. Los más tumultuosos días de tristeza colectiva han sido reconfortados por la cálida palabra radical: he ahí por qué la revolución es también nuestra. Porque la vímos precipitarse fatalmente, porque atizamos la hoguera en que debía consumirse el régimen de las violencias y porque en nuestro espíritu juvenil adquirimos viejas experiencias y honradas previsiones. El fantasma se descolgaba sobre el país mientras los esbirros de la infamia sepultada agotaban sus energías en bacanales y orgías. Vimos encenderse la mecha incendiaria, cuando los políticos traficantes sentían aun la fiebre del garito.

El palacio, viejo caserón apuntalado por el esbirrismo, fué el mejor símbolo del régimen. Cubierto de ropajes cascabeleros, remozado con retoques modernistas, sigue con su vieja alma caudillesca y plebeya. Ojala el partido republicano, que ahora ocupa ese vetusto edificio, ńo sienta las tentaciones terribles, ni el vérgigo de la altura.

Consumada la obra de la revolución, las fuerzas radicales toman un respiro. La jornada fué larga y pesada, pero una serena rectitud ha conducido al éxito. La mentira gobernante ha sido desenmascarada, los lacayos de la política han sido despedidos, el genízaro ya no gobierna, el matón electoral se ha escondido, el maestro de escuela que envenenaba la niñez, será sustituido por el verdadero apóstol; el ejército no será considerado como una gendarmería dependiente de la política; ya no tendremos Lavenases ni affaires aduaneros, ya no vendrán primas ni se alzarán chalets en las elegantes avenidas de La Paz; ya no misiones de condescendencia ni nepotismos irritantes, no peculados vergonzosos; se acabaron las cámaras infamantes, sucumbieron los ministros analfabetos. El vicio ha huído ¡paso a la Verdad!

Desde nuestro puesto, los radicales de Bolivia renovamos el lema de nuestra política: tres cosas salvarán la Patria: audacia, más audacia y siempre audacia.

Recorred los cuadros de la revolución Sus principales dirigentes son espíritus radicales, adherentes del partido republicano, que en un gesto de audacia han derrumbado el viejo edificio liberal.

Es la ley humana. Nuevos horizontes diseñan ahora perspectivas felices y es deber de los partidos revolucionarios consoli-

dar la obra libertadora, para después plantar los primeros jalones del resurgimiento nacional. Ha comenzado la hora de obrar.

Al pueblo, al ejército, a la juventud de la República

Es tiempo de pensar y de obrar. En nuestras manos está la República y tenemos una gran responsabilidad histórica.

Hemos luchado como buenos ciudadanos hasta romper las cadenas de un régimen egoísta y medíocre. Hemos derrumbado el castillo de adulaciones y de complacencias y nos queda aún mucho por hacer. Estamos al comienzo de la gran obra.

Pero no solamente tenemos obligación de pensar o de hablar de magníficos ideales. Las ideas necesitan cristalizarse y ser un hecho. El pueblo con justa razón espera mucho de los nuevos hombres, porque los supone honrados y patriotas. Los cree algo más: ¡buenos!

Un hombre honrado es una prenda de garantía para el país y los que llevan en la

conciencia esta virtud de los brillantes tiempos de Grecia, son coronados de laureles por sus ciudadanos. Un rey de Atenas, no quería de su puebjo otro calificativo que el de honrado. Se enorgullecía de él.

La honradez debe ser, pues, la buena nueva que alumbre los negocios del estado. Bolivia necesita de manos austeras y limpias que la reivindiquen de la mancha apocalíptica que pesa sobre sus hombros.

Ya saben todos, y no es preciso decirlo otra vez, que el país fue aniquilado y destrozado financieramente, por un grupo de hombres que, con las apariencias de partido político, siendo en el fondo, una facción de comerciantes y ambiciosos sin el más leve pudor, patriótico hicieron de la hacienda pública un aduar de conveniencias, donde florecieron todos los proyectos y peculados, desde los negocios de detalle hasta las grandes vergüenzas.

En el régimen montista nada era extraño. El cinismo había ascendido trepador a todos los puestos. No había que asombrarse de nada. Un día, ministros liberales de confianza, eran arrastrados al banquillo y la voz pública y no solamente ella, los señalaba con el despectivo título de rateros. Se les comprobaba sus delitos. La justicia reclamaba sus personas y, sin embargo, como siempre, como todas las ve-

ces, el gran caudillo Montes, disculpador de crímenes, burlaba a la justicia y hacía muecas al pueblo. ¡Qué valía el pueblo bobo para él! Vieja y cruel experiencia le había enseñado a entenderse con el ciudadano a palos.

El partido liberal mató todo pudor y toda honradéz. La red de las conveniencias fue inmensa. El presupuesto nacional era asaltado en batalla doméstica y encarnizada y los puestos se distribuían complacientes entre los rufianes políticos y los que tenían en su vida, el servicio electoral como máxima expresa.

La instrucción estaba desorganizada también. La convirtió el régimen, en instrumento dócil de sus concupiscencias. Bastante inmoral en sus ideas, deseaba para la juventud, como suprema aspiración la docilidad más germana y una incondicionalidad indigna. Es decir que, a título de supuesta disciplina pedagógica y extraña, deseaba que la tierna infancia recogiese la enseñanza de los maestros pedantes y huecos, que pregonaban la obediencia ciega e irracional, la adoración a los caciques y la complacencia para todas las monstruosidades.

¡Así andaba la cátedra pública! El profesor satisfecho de su vana y ninguna preparación y mareado por obras, de esas de a cuarenta centavos y sujeto al puesto, por razón sencilla de su sueldo, era el árbi-

tro de la niñéz boliviana. La estaba mutilando inconscientemente.

En lugar de generaciones libres y fuertes, se irían formando, juventudes débiles y serviles, con todos los estigmas y vicios. Desde la escuela se les inoculaba el virus y a los quince años, antes de que la vida enseñase su aspecto de lucha, ya se afrontaban a ella, luciendo en su alma y en su conciencia, una filosofía burda y comercial de *savoir vivre* y de estúpida convención. Había que salir desde las aulas, nivelados y parejos, dispuestos a transar con todas las imbecilidades y las cosas rancias, sin sangre ni ardor juvenil, sin alas y sin amor, en plena primavera con la estructura y el egoísmo de las almas viejas, sin que ni por un instante, les volcara la cabeza, el revuelo romancesco o la aventura romántica.

En un cuarto de siglo, la república se habría convertido en un establo de augias. Los mejores ciudadanos serían los tarquinos y los palaciegos.

El éxito de la vida no tendría relación con el talento, sino con las rodillas y con los saludos. Esa juventud caminaría leguas de ignominia, cantando loas y bebiendo alcohol. ¡Y no faltarían hurras para vivar al Invicto y besarle místicamente las manos.

¿Pero qué era lo que sostenía todo ese

castillo de vergüenza y de completa inmoralidad política?

¿Era el pueblo? ¡No! El pueblo no tenía voz ni tenía ojos. El sable del gendarme bárbaro y ancestral, responde con mayor elocuencia que nosotros. El pobre ciudadano era masacrado en la vía pública y el matonaje cobró crédito hasta ascender a la levita del jóven de Club.

Del antro policial salían rostros alcoholizados y torvos a desafíar el derecho y la justicia. A vencerla y degollarla. ¿Para qué pensar en la cultura si había la fuerza epiléptica? Era un absúrdo excluirse a la corriente de barbarie y de primitividad social.

De los Clubs sociales, salía también, en grupo la juventud lucida, inyectándose morfina patriotera, inyectándose valor, después de haber narcotizado su vida con sorbos; a herir el sentimiento popular, burlándose de su conciencia y dolor humano. ¡Valiente papel el de la juventud liberal! Que quede en la vida republicana esta vergüenza.

Y todo este edificio en el que la orgía dominaba a satisfacción, sosteníase felíz gracias al ejército. Mentiras hábiles habíanse inoculado en la sangre militar. "El ejército no intervendrá en política". "Sostendría el honor nacional". "Debía apoyar al Gobierno, cualquiera que fuese".

Pero no solo eso, En el ejército circulaba el honor y la dignidad moral, concebida dentro de un concepto extraño, muy propio del liberalismo. Eran militares de honor y muy dignos, todos los serviles y palaciegos, los que hacían carrera pública de rodillas, los que sabían sonreír y sabían disimular. Todos los que en mil ocasiones hacían lenguas de adulación al buen gobierno y al partido; los que fusilaban al pueblo, los que bajo el uniforme de honor, ocultaban almas rastreras y llenas de vicio. ¡Eso eran de honor!

El señor Ministro, en frase que hizo sonreír a los espíritus libres, alguna vez se atrevió a decir: "No toquéis al ejercito", frase que pasa a la posteridad irónicamente como piadosa sepultura. Entonces el señor Ministro, deseaba, que, en lugar de fuerza armada, hubiese un ejército carneril y adicto, sin que nadie pudiera tocarlo, ni criticar su mala organización, quizás sus defectos, quizá las injusticias, que pasaban ocultas o se perdían para siempre en el torreón o en el despacho ministerial. Documentos posteriores y que levantan el corazón de protesta, nos han convencido en esta nuestra opinión, enseñándonos que, el Gobierno liberal, deseaba convertir al ejército en la institución más degradada; pensaba así: "Bolivia no hará la guerra a ningún país vecino, ni tampoco podrá ser atacada, porque

ya ha pasado en el mundo y en la América la era guerrera. Ademas cualesquier desmembración no tiene importancia, porque el pueblo ignora siempre lo que pacta su diplomacia secreta, así que el ejército debe tener un sólo objeto: sostener el Gobierno reforzando la labor de las policías y de los empleados públicos".

¡Así pensaba el gobierno liberal! El brillante ejército estaba destinado a ser una institución de gendarmería, con títulos y condecoraciones, adulador y servíl, donde debían hacer escuela, esos hombres psicólogos de la vanidad y bajeza humanas. En el orden moral, el país daba largos gritos que nadie los oía. Reinaba es cierto, la paz de Varsovia. En la calle se veían patrullas y se oían comentarios angustiosos. El pueblo moría de hambre. ¿Y qué importaba esto a los satisfechos? ¡Nada! En tanto en las moradas de ministros y diputados, se sentía el frú-frú de seda y rodar de oro. La patria era para un grupo de hombres que la devoraban a dentelladas.

Esta era la situación interna de la república antes de la revolución. Los días tristes se sumaban eternos y todas las mañanas había razón para pensar con ecepticismo amargo sobre la suerte de la nación, para maldecir la mala ventura y levantar en alto los puños, jurando odio a los de arriba.

Pero es tiempo de pensar. Si la situación del antiguo régimen era terrible y el pueblo estaba enargollado, hoy que ha desaparecido el dogal y la prensa libre canta con entusiasmo sus victorias; hoy que la patria es saludada con mil banderas y con el corazón; hoy que todo el mundo se estrecha las manos y los ciudadanos entreabren sus almas y sus iniciativas se escuchan, hoy mismo comencemos la gran obra.

No queremos pecar de ideólogos ni de orientadores vulgares, ni de falsos apóstoles ni de fantásticos profetas. Nuestra palabra sale del pecho, joven y fresca, sin odio y sin pasión liviana, somos más bien apasionados de un ideal que hasta el último día será nuestro: la grandeza de esta república!, la unión de América en un solo y enorme sentimiento: la vida romántica en un ala.

Esto es lo que deseamos. Decimos de buena fe que el país necesita ser removido hasta las entrañas. Si es posible agitar las fibras más insignificantes y los mínimos detalles.

La escuela es lo primero que apuntamos. El país debe ser inundado de escuelas de toda clase: morales, técnicas, industriales, cívicas. Que estamos hartos de abogados miserables y de políticos baratos, de sacerdotes sin ideal y taumaturgos astutos: de rábulas y aves negras; de caci-

ques arbitrarios y de hombres de mala fé. Estamos hartos!

El maestro severo y bíblico, consciente de su obra moral; austero y patriota; el legítimo maestro de Sarmiento, que transformó la Argentina y arrancó de cuajo los prejuicios de esa república, debe ser el nuestro. Que comprenda la juventud que nada hay tan bello y poético que sembrar el bien y dejar en todas las almas las realidades tangibles de una recta moral. Que el único título con el que puede envanecerse el alma es el haber sido maestro y tener discípulos que en la hora postrera recuerden la palabra santa y el ejemplo del bien. Los hombres valen por su conciencia pura, antes que por el éxito amoral de su vida. Y hay que advertir a los jóvenes que, una justicia subconciente dirige la tierra y que el sol mismo, con ser tan grande y misterioso, es justo. Y a la postre, en la jornada de la vida y a cada instante, hay ocasión de comprobar que son los buenos y morales los que triunfan. ¡Pero los que triunfan de verdad!

Así, que la escuela se convierta en templo. Sacerdotes laicos y espirituales se impondrán en esas tribunas de honor, de voluntad y de esfuerzo.

Hay que hacer que los maestros no intervengan en política y pertenezcan a un mundo aparte, sin que tomen en cuenta las

corrientes de opinión, los prejuicios y las mismas insignificancias del medio. No deben tener sino un altar ante el cual rindan contritas sus almas: el aula.

Y es preciso estar prevenidos y conformes para la gran hora que tiene que sonar. En muy pocos años nuestra república será la más rica en América. Ya comienzan a explotarse sus tesoros. Grandes firmas extranjeras emplean sus millones en las minas de oro, estaño, bismuto, plata, etc. Cada día se descubre un yacimiento más. Se hacen fortunas en minutos Concluídos los ferrocarriles de Cochabamba a Santa Cruz, a Yungas y de allí al Beni; de Potosí a Sucre y de allí a Monteagudo; de Atocha a la Quiaca, podremos considerarnos felices. Este país, en veinte años llegará a imponerse en el continente y en el mundo y a atraer las miradas de las cinco partes de la tierra. Gente extranjera, advertida de la riqueza boliviana, vendrá a participar de nuestra fortuna, trayéndonos sus brazos, sus iniciativas y sus apetitos. Es preciso para entonces estar prevenidos. Ya tenemos la experiencia de la Argentina. Ese elemento tiene que someterse a nuestras leyes y vincularse profundamente con el elemento nacional, sin que se le permita el predominio. A toda fuerza y con buen criterio, tenemos que luchar con esas co-

rrientes inmigratorias, que si significan progreso, significan también peligro.

El alma nacional, las virtudes de la raza, no pueden ser reemplazadas con tendencias extrañas. Nuestra orientación espiritual debe quedar intacta. Siempre a la manera de ese pueblo griego, fresco y viril, avanzado en prácticas políticas, artísticas y filosóficas.

El nacionalismo tiene que ser intenso. Por medio de la cátedra, de la tribuna, del servicio militar, de todos los medios, para convertir la raza autóctona, la mestiza, la blanca, en una gran raza especial y sobre todo original, que se imponga en el continente al respeto de las otras razas. Esto es obra del maestro y de los directores de pueblos.

Y, sobre todo, lo que tienen que hacer los bolivianos es pensar honradamente y con serenidad, sin frivolidades cursis o apasionamientos de pueblo primitivo. No debe contar el país, sino con sus propios músculos y su propia sangre. Toda amistad de país vecino es secundaria.

Así pensando y cuando no cobre la tendencia política, sino el interés nacional, debemos creer que el pulmón marítimo que necesitamos, lo obtendremos con esfuerzo y sacrificio. Ningún país del mundo puede detenernos a la hora de la justicia.

Hasta que llegue ese momento y ya

que el usurpador sonríe ébrio de su fuerza sin atender al clamór del mundo, eduquemos a todos los bolivianos para que, desde el rico hasta el más infeliz, tenga un solo odio: el odio a Chile.

Y nada más. Ahí están nuestras frases, plenas de enorme sinceridad y de civismo.

¡Pueblo! A vos dirigimos nuestro corazón.

FIN

CATALOGO

De Obras Nacionales

De venta en la Librería "El Siglo Ilustrado" en La Paz y sus Sucursales y Agencias

	Autores	Títulos	Precios
1	ALCIDES ARGUEDAS.	Pueblo Enfermo........	2.00
2	,, ,,	Vida Criolla...........	3 00
3	,, ,,	Raza de Bronce.......	3.50
4	ALAN Y JOTAGE.	La muerte del General Pando	1.50
5	ABEL ALARCON.	El imperio del Sol..........	1.00
6	,, ,,	Relicario.........	3.00
7	BRISSOT.	Bolivia ante la Liga de las Naciones	3.00
8	FRANCISCO BURDETT O'CONNOR.	Independencia Americana. Recuerdos Históricos.....	2.00
9	JOSÉ DAVID BERRIOS.	Gramática Keshua...	3.50
10	JUAN BARDINA.	Arcaismo de la Misión Belga	2.50
11	JUAN ML. BALCAZAR.	La Cruz Roja Boliviana	4.00
12	ADOLFO COSTA.	Hacia el atardecer.........	2.50
13	DEMETRIO CANELAS.	Aguas Estancadas...	3.00
14	JOSE RAFAEL CANEDO.	Prontuario de Procedimiento Civil	4.00
15	VICENTE M. CARRIO.	Del Plata al Pacífico Viajes por Chile y Bolivia............	3 50
16	JOSE CARRASCO.	Estudios Constitucionales (en prensa)................	
17	EMMA P. DE CARVAJAL.	Orfebrerias......	1.50
18	ARMANDO CHIRVECHES.	Casa Solariega ...	2.50
19	,, ,,	Nociones de Derecho Internacional..	2.50
20	,, ,,	Añoranzas	2.50
21	,, ,,	La Candidatura de Rojas..	3.00
22	,, ,,	La Virgen del Lago	3.50
23	RICARDO S. PEREDO.	Himno patriótico y Batalla de la Alianza. (Lectura en el Colegio Militar, la noche del 26 de Mayo de 1915.)	1.00

	Autores	Títulos	Precios
24	EDUARDO DIEZ DE MEDINA.	Estrofas Nómadas	3.00
25	,, ,,	Variando Prismas	2.00
26	,, ,,	El Laudo Argentino en el litigio Perú Boliviano.........	2.00
27	,, ,,	De Política y Doctrina...	2.00
28	,, ,,	Historia y Geografía de Bolivia....	2.00
29	,, ,,	La 2a. Conferencia de La Haya.......	2.00
30	X X X	Ensalada Popular. Cuentos dichos y hechos graciosos de Curas, Soldados, Colegiales y tunantes......	0.60
31	TOMÁS O'CONOR D'ARLACH.	El General Melgarejo..	2.00
32	,, ,,	De los Andes al Plata......	2.00
33	,, ,,	Rosas, Francia y Melgarejo	2.00
34	,, ,,	Recuerdos de mi Tierra..........	1.00
35	ANTONIO GARCIA.	Gramática Aymara......	3.50
36	ALFREDO GUILLEN PINTO.	La Educación del indio..........	2.50
37	JULIO GUTIERREZ P.	Tarija su Progreso y Porvenir	6.00
38	ALBERTO GUTIERREZ.	Ei Melgarejismo......	3.50
39	,, ,,	Las capitales de la gran Colombia.......	3.00
40	,, ,,	Hombres y cosas de ayer	3.00
41	,, ,,	La Guerra de 1879 ..	3.50
42	,, ,,	Los derechos privados ante los cambios de soberania	0.80
43	BENJAMIN GUZMAN C.	Instrucción Cívica o El Libro del Patriota.....	1.20
44	JOSE EDUARDO GUERRA.	Poetas contemporaneos de Bolivia..	3.50
45	,, ,, ,,	Del fondo del silencio	2.00
46	,, ,, ,,	El alto de las Animas.....	2.00

	Autores	Títulos	Precios
47	ALCIBIADES GUZMÁN.	Libertad o despotismo en Bolivia.............	3.00
48	,, ,,	Historia Universal....	3.00
49	,, ,,	Los Colorados de Bolivia..................	3.50
50	VICTOR M. IBAÑEZ.	El nuevo fusil de tiro consecutivo............	0.50
51	,, ,,	Chachapuma (Leyendas Incaicas)	3.00
52	RICARDO JAIMES FREYRE.	Castalia Bárbara.	3.00
53	,, ,, ,,	Leyes de versificación Castellana...	2.00
54	ALFREDO JÁUREGUI ROSQUELLAS.	Geografia General de Bolivia..	2.00
55	LUCA	Nolo (Novela de costumbres).	2.50
56	NESTOR MORALES VILLAZON.	Al pie de la Cuna (Un gran libro para las madres).....	3.50
57	FEDERICO MORE.	Deberes de Chile, Perú y Bolivia, ante el problema del Pacífico..............	3.50
58	,, ,,	La próxima conflagración Suramericana	3.00
59	,, ,,	Tacna y Arica para Bolivia	1.00
60	,, ,,	Literatura Perú Boliviana (Reynolds y Yerovi)..	2.00
61	,, ,,	Por ahi van las almas...	0.80
62	JAIME MENDOZA.	Páginas Bárbaras (2 tms.)	5.00
63	ARTURO POSNANSKY.	El Ekeko. Contribución al Folklore Boliviano	1.50
64	MIGUEL MERCADO M.	Páginas Históricas..	2.00
65	,, ,, ,,	Charcas y el Rio de la Plata.......... ...	4.00
66	GUSTAVO A. NAVARRO.	Poetas e Idealistas de América	2.50
67	OFICINA NACIONAL DE ESTADISTICA.	Anuario Nacional Estadístico y Geográfico	8.00
68	MODESTO OMISTE.	Crónicas Potosinas 2 tms	12.00
69	ERNESTO PALZA S.	Diccionario de Legislación Boliviana 2 tomos.............. ...	12.00
70	CLAUDIO PEÑARANDA.	Cancionero Vívido..	3.00
71	ARTURO POSNANSKY.	La Hora Futura.....	1.50
72	MIGUEL RAMALLO.	Los Guerrilleros de la Independencia..............	2.50

Autores	Títulos	Precios
73 JOSE LUIS REYES.	Instrucción Cívica.... ..	1.20
74 „ „ „	Diccionario General de Legislación Policiaria.. ..	3.50
75 BUENAVENTURA REYNALES.	El asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre, con prólogo de Max Grillo	3.00
76 GREGORIO REYNOLDS.	Quimeras......	1.00
77 „ „	El Cofre de Psiquis .	3.50
78 BAUTISTA SAAVEDRA.	Reforma Electoral...	2.00
79 DANIEL SANCHEZ BUSTAMANTE.	Principios de derecho Natural............	4.00
80 SALVADOR SARGENTI.	Historia de Bolivia..	1.50
81 FRANCISCO SAZATORNIL.	Guia Comercial de La Paz y Oruro..................... ...	1.50
82 SOCIEDAD GEOGRAFICA.	Biografia del General Pando.	5.00
83 „ „	Hombres célebres de Bolivia. Más de cien biografias.....	3.50
84 MAXIMO J. DE VACANO. *Teniente Coronel del Ejército Boliviano.*	Táctica. Texto aplicado a la índole de Sudamérica y con base de los reglamentos Alemanes..................	6.00
[illegible] INILLA.	Indices de Leyes, Decretos, Resoluciones, Ordenes y otras Disposiciones del ramo de la Guerra....... ...	1.50
86 CRISTIAN SUAREZ ARANA.	Exploraciones en el Oriente Boliviano..................	1.50
87 LEO TAX.	La Masonería en Bolivia... ..	2.00
88 ROSENDO VILLALOBOS.	Hacia el olvido.....	3.00
89 X X X	Parnaso Popular, Cantares Nacionales, Zarzuelas, Couplets Modernos y Tangos	2.00
90 Dr. F. H. ANGERER.	Gramática para la conversación Inglesa Castellana	1.50
91 MARIO C. ARAOZ.	Nueva Legislación sobre Privilegios Industriales, Marcas de Fábrica de Comercio y de Industria	3.00
92 EL TUNANTE.	Unos cuantos barrios y unos cuantos tipos de Lima. Edición ilustrada y muy buena para reir............	1.20
93 ABDON CALDERON.	Codificación de Leyes y disposiciones vigentes	1.00
94 DOMINGO CARTESEGNA.	Compendio de Mineralogía aplicada a Bolivia	2.50

Autores	Títulos	Precios
95 Luis S. Crespo.	Geografia de Bolivia	3.50
96 J. Abdias Deheza.	El Gran Presidente....	2.50
97 Humberto Delgado.	Legislación de tierras Baldías	2.50
98 Dr. Emilio Fernandez M.	La campaña del Acre	3.00
99 Dr. J. Torreggiani.	Código de Policía Sanitaria, Veterinaria....	2.00
100 Juan F. Jurado R.	Leyes sustantivas y adjetivas en materia Civil...........	2.00
101 Hiram Loayza.	Juicios de Hacienda... ..	2.00
102 X X X	Ley de Papel Sellado, Timbres, Marcas y Alcoholes, 1 tomo.............	1.50
103 Julio Machicado	Colección de artículos escritos en Sorata y publicados en el Comercio de Bolivia, sobre el Noroeste...........	2.00
104 Dr. Rodolfo C. Mealla.	Compilación de leyes en materias civil y criminal.	6.00
105 Arturo Alessandri.	Alegato sobre Mensuras de Salitreras en el Toco............	3.00
106 Manuel José Rivero.	Aritmética Mercantil	1.50
107 Ismael Muñoz.	Ciencias Sociales aplicadas a Bolivia.....	3.00
108 Hernando Siles.	Código Penal de Bolivia	12.50
109 Luis Fillol Herrera.	Siempre el Orgullo Drama en 3 actos	2.00
110 Franz Tamayo.	La Prometheida.	3.00
111 ,, ,,	Crítica del duelo	0.80
112 ,, ,,	Creación de la Pedagogía Nacional	2.50
113 Julio L. Jaimes.	Epílogo de la Guerra del Pacífico..........	2 50
114 E. Rodriguez Vasquez.	Libertad de Cátedra, libertad de prensa........	3.00
115a Félix Saucedo.	Curso de Contabilidad Mercantil, *Rústica*.....	4.00
115b ,, ,,	id id *Encuadernado*	5.00
116 Antonia Maluscka.	Canciones para las escuelas de Bolivia, 3 tomos.	12.00
117 Luis Paz.	El Gran Tribuno.....	15.00
118 ,, ,,	Derecho Público................	13.00
119 ,, ,,	La Universidad de San Francisco Javier	11.00
120 ,, ,,	Estudios Históricos de Monseñor Taborga	4.50

Autores	Títulos	Precios
121 ,, ,,	Discursos de Monseñor Arrieta..	4.50
122 ,, ,,	Capítulos de Historia Nacional..	3.50
123 ,, ,,	Derecho Penal....................	3.50
124 ,, ,,	El Positivismo	4.50
125 ,, ,,	Historia del Alto Perú. 2 tomos	30.00
126 JAIME MOLINS.	Bolivia...	4.00
127 BENJAMIN ZAMORA.	Recopilación de todas las disposiciones que fijan las atribuciones de los corregidores...............	2.00
128 R y G. VIZCARRA H.	Guía General de Bolivia. La obra más completa.....	10.00
129 JULIAN CÉSPEDES R.	Problemas Sociales..	2.00
130 ,, ,, ,,	Lo que pasa en la redacción de un diario. Comedia..	2.00
131 Dr. C. AGUIRRE ROJAS.	Ciencias ocultas del arte. Siendo pobre como disfrutar de fortuna	4 00
132 AGUSTIN ITURRICHA.	Leyes compiladas y numeradas desde 1825, 2tomos....	11.00
133 M. RIGOBERTO PAREDES.	Política Parlamentaria de Bolivia	2.00
134 DEMOSTENES PELAEZ.	Manual práctico de laboreo de Minas para uso en Bolivia ...	1.50
135 A. GUZMAN.	Derecho parlamentario.......	5.00
136 JOSÉ PALMA Y V.	Principios de Derecho Civil	5.00
137 JOSÉ REVUELTO.	Cielo y Tierra. Costumbres campesinas de Cochabamba..	2 00
138 ANGEL SALAS.	Breves Historias...........	1 00
139 MANUEL A. ELIAS.	Finanzas Prácticas......	5.00
140 J. EISSMAN V.	Mapa de Bolivia......	5.00
141 GIL DE GUMUCIO.	Aritmética Comercial. Tratado teórico práctico....................	4.00
142 JUAN DEL VALLE.	Breves anotaciones a la compilación de leyes de minería de Estensoro.	0.60
143 FEDERICO ALARCON.	Código Penal... ..	4.50
144 MARIANO E. TAPIA.	Leyes Orgánicas y Reglamento General de Aduanas...........	4.00
145 DAVID GARZON.	Aritmética	0.60
146 FELIPE GUZMAN.	Libertad de Enseñanza...	0.50
147 ,, ,,	Acción funcionaria Educativa	1.00
148 JORGE SEMPÉRTEGUI.	Romanticismos Lejanos	1.50
149 JORGE DELGADO Q.	Estudios Financieros .	2.00

Autores	Títulos	Precios
150J M. RIGOBERTO PAREDES.	El Arte en la Altiplanicie	1.50
151 DANIEL EDUARDO.	Prontuario de Cálculos más usuales en elComercio	0.60
152 ARTURO ALESS NDRI.	Constitución de la propiedad Salitrera	1.50
153 CASTO ROJAS.	El doctor MONTES y la política Liberal	2.50
154 ,, ,,	Bocetos	2.50
155a CÍRCULO DE BELLAS ARTES.	Album de los juegos Florales de 1913	1.50
155b ,, ,, ,, ,,	id id 1915	1.50
155c ,, ,, ,, ,,	id id 1919	1.50
156 AMADEO F. BALLÓN.	Temas rudimentarios para la Sección de Infantería	1.50
157 MINISTERIO DE JUSTICIA.	Ley de Privilegios Industriales	0.50
158 ,, ,, ,,	Ley y Reglamento del Matrimonio Civil	1.00
159 ROBERTO ZAPATA Y NOEL SALAZAR.	Anuario de Jurisprudencia	5.00
160 MARIANO ZAMBRANA (hijo).	Un testamento por boca de Ganso	1.50
161 MELCHOR TERRAZAS.	Doctrina popular de Legislación Civil	2·50
162 CARLOS A. ALMASE.	Química práctica (Tratado de ensayes	2.50
163 J. QUINTIN MENDOZA.	Discusión de la Ley de Imprenta en el H. Senado	2.00
164 COLEGIO DE ABOGADOS.	Procedimiento criminal	4.50
165 S. ALFREDO VALVERDE.	Ley de procedimiento criminal y dispocisiones reformatorias que le son relativas	2.50
166 JOSÉ M. Valdivia.	Un año de arte en La Paz	2.00
167 V. LUNA PIZARRO.	Guía de la ciudad de La Paz con un plano	5.00
168 JOSÉ MARIA SANTIBAÑEZ.	Vida del General José Ballivián	4.00
169 LUIS ARCE LACAZE.	Realidades Pedagógicas de Bolivia	15.0
170 ,, ,, ,,	Cuestiones Americanas	15.0
171 OCTAVIO CAMPERO E.	Arias Sentimentáles	1.50
172 CARLOS PAZ.	Nociones de Derecho Civil	6.00
173 ,, ,,	Bolivia y la Argentina	7.50

Autores	Títulos	Precios
174 EMILIO MENDIZABAL.	Bolivia y Chile. Diferendo del Toco	4.00
175 RICARDO MUJIA.	Bolivia Paraguay. Interesantísima obra que estudia los problemas de ambas repúblicas con extraordinaria erudición y abundante marterial histórico vindicador de los los derechos bolivianos. (9 tomos y además una cartera con 23 mapas	100.—
176 J. Soruco C.	Abaroa. (drama patriótico en un acto)	0.50
177 LUIS T. MOLINA.	Tradiciones Chirqueñas	2.50
178 BAUTISTA SAAVEDRA.	Defensa de los derechos de Bolivia en el litigio de fronteras con el Perú (2 tomos)	10.—
179 Fr. PEDRO PASCUAL TABORDA.	Rasgos históricos de las Iglesias y Conventos de La Paz	0.50
180 ,, ,, ,,	La Merced especialmente en Perú y Bolivia	1.50
181 JOSÉ ANTONIO DE SAINZ.	Ritmos de Lucha (poesias	1.50
182 MANUEL M. LAVA (*Pujavante*).	Colección de artículos en prosa y verso (2 tomos)	4.—
183 ALBERTO SANJINES Y R. SAENZ.	Diccionario Comercial	5.
184 JOSÉ SIERRA CARRANZA.	Cuestiones Ameri canas. (Examen de una fórmula de cordialidad entre ambas Américas)	3.—
185 CARLOS A. VALCARCEL.	El Proceso del Putumayo	4.—
186 SABINO PINILLA.	La Creación de Bolivia	7.50
187 HERNAN SAENZ.	Arancel de derecho de Exportación	10.—
188 OCTAVIO SALAMANCA.	Reforma Bancaria y la Crisis	1.50
189 WALTER CARVAJAL.	Guía Internacional	2.—
190 ,, ,,	Cultura Patria. (Comentarios a las obras Nacionales publicadas por la casa. *Distribucion gratuita*	

Autores	Títulos	Precios
191 WALTER CARVAJAL	Renovarse o Morir. Novela de costumbres Bolivianas en que se describe la lucha secular de abolengos avasallados ante el poder del dinero......	2.—
192 ADOLFO CALDERON COUSIÑO.	Breve Historia de las relaciones Chileno Peruanas........	3.—
193 ADRIAN PATIÑO.	Pequeña colección de Himnos Nacionales y cantos para las Escuelas	0.40
194 IGNACIO PRUDENCIO BUSTILLO.	La Misión Bustillo	2.—
195 X X X	Cartas del General Antonio José de Sucre con prólogo y notas del señor Carlos Blanco Galindo........	3.50
196 X X X	Debate parlamentario sobre la acusación al Doctor Montes........	3.—
197 ,, ,, ,,	Descripción del territorio de las Misiones Franciscanas de Apolobamba por otro nombre Caupolican	2.50
198 ,, ,, ,,	Relación histórica de las Misiones Franciscanas de Apolabamba........	2.50
199a	Anuarios de leyes, decretos y resoluciones supremas de los años 1900........	6.—
199b	id id 1904........	6.—
200	id id 1906........	5.—
201	id id 1909........	4.
202	id id 1910........	6.—
203	id id 1911	7.—
204	id id 1912 2 tomos........	8.—
205	id id 1913 2 tomos........	8.—
206a	id id 1914........	5.—
206b	id id 1915........	8.—
206c	id id 1916........	15.—
206ch	id id 1917........	10.—
206d	id id 1918........	12.—
207 X X X	Album de las Embajadas que visitarón Bolivia cuando la trasmisión del mando Presidencial el año 1917 (lujosamente encuadernado)........	20.—
208 X X X	La tia Pepa. Libro de cocina repostería y medicina casera........	4.—
209 X X X	Lira Popular (1ª Serie)........	30
210	,, ,, (2ª Serie)........	30
211	,, ,, (3ª Serie)........	30

Autores	Títulos	Precios
212	JUAN MALDIA. Desbarros	0.50
213	CAPITAN SANJINES. Tareas para la instrucción de la Sección y de la Compañía. (*traduccion del Aleman*	1.—
214	RENÉ GUTIERREZ GUERRA. Al margen del sistema Emisor Boliviano	1.50
215	ALFREDO URQUIDI. Dos Perjurios	1.50
216	MINISTERIO DE HACIENDA. Reforma Bancaria y Financiera.	2.—
217	DANIEL SANCHEZ BUSTAMANTE. Bolivia y sus derechos en el Pacífico	5.—
218	ARMANDO BRETEL Y GMO. SANJINES. Catecismo del Soldado puesto al día y ampliado	2.—
219	EDUARDO DIEZ DE MEDINA. Bolivia y Chile	
220	Por V. A. La escuela del Hogar	1.50
221	JULIO A. GUZMAN. La Aviación en Bolivia	0.50
222	HIRAM LOAYZA. La riqueza Petrolífera en Caupolican y Norte de Bolivia	1.50
223	JULIO PEÑAILILLO. Arancel de Aduanas (Edición conforme a la nueva ley vigente	15.—
224	ALCIBIADES GUZMAN. Derecho Parlamentario	5.—
225	M. J. RIVERO. Código Mercantil Boliviano Novísima Edición con todas las reformas hasta el día; seguido de un apéndice con buen número de Leyes referentes a Bancos, Aduanas, Sociedades, Seguros, Cheques, Oro Arbitraje, Ferrocarriles, Navegación Consulados, Casas de Martillo etc. etc	8.—
226	DIRECCION GENERAL DE ADUANAS. Importación exportación Bancos. Estadísticas completas correspondientes a 1918	10.—
227	ENRIQUE MALLEA BALBOA. Novísimo Manual de la Legislación de Minas	3.56
228	RAUL JAIMES FREYRE. Los paisajes Lejanos	1.50
229	F. J. J. V. Manual de Fotbalier. Edicion para colegios según los métodos de la Gran Bretaña y de la Liga Internacionacional de Foot-Ball. Ilustrada con 13 dibujos	1.—
230	AGUSTIN ITURRICHA. Historia de Bolivia bajo la administración del Mariscal Andrés de Santa Cruz. Tomo 1º	12.—
231	MAYOR NÉSTOR GUERRERO. Etnografía del altiplano Andino. Edición Ilustrada	1.50

Autores	Titulos	Precios
232	MINISTERIO DE HACIENDA. Ley y Reglamento del Impuesto sobre Sucesiones Indirectas y Trasmisiones gratuitas de propiedad	0.60
233	Impuesto sobre las utilidades líquidas de las explotaciones Mineras........................	0.50
234	JULIO UGARTE M. Elocuencia y acción oratoria	2.—
235	JAIME MENDOZA. Memorias de un Estudiante	3.50
236	MIGUEL MERCADO M. El Chaco Boreal. Litigio Boliviano—Paraguayo..................	3.50
237	ALBERTO BALLON LANDA. Los hombres de la Selva. Edición Ilustrada..................	6.—
238	JORGE SEMPERTEGUI. Con pluma de ave y con pluma de acero............................... ..	1.50
239	ALCIDES ARGUEDAS. Historia de Bolivia. .	5.50

ARICA y BOLIVIA Obra de propaganda comercial. Contiene, geografía, ferrocarriles estadística, finanzas comercio, Abarca los departamentos de la República con mas las obligadas salidas de Bolivia al mar: Arica, Mollendo, Antofagasta. Examen político de las diversas tesis planteadas con respecto al puerto para Bolivia. Edición de 12.000 ejemplares ilustrada con vistas y retratos de lo más sobresaliente en el comercio boliviano. 30.—




mortalia


University of
Connecticut
Libraries

